

3.

RECTIFICACION





11 P 1
1 pta

APÉNDICE Y RECTIFICACION

DE

CIERTAS NOTICIAS Y DATOS HISTÓRICOS

QUE SE CONSIGNAN

EN EL NUEVO LIBRO PUBLICADO EN MADRID

TITULADO

EL TOREO.

Dedicado al inteligente aficionado Excmo. Sr. Duque
de Veragua,

POR D. JOSÉ PEREZ DE GUZMAN.



MADRID:

IMPRENTA DE JOSÉ DE ROJAS,

Tudescos, 34, principal.

1881.



APÉNDICE Y RECTIFICACION

DE

CIERTAS NOTICIAS Y DATOS HISTÓRICOS

QUE SE CONSIGNAN

EN EL NUEVO LIBRO PUBLICADO EN MADRID

TITULADO

EL TOREO.

Dedicado al inteligente aficionado Excmo. Sr. Duque
de Veragua,

POR D. JOSÉ PEREZ DE GUZMAN.



[Handwritten signature]

MADRID:

IMPRENTA DE JOSÉ DE ROJAS

Tudescos, 34, principal.

1881.

+

APÉNDICE Y RESTAURACIÓN

LIBROS NOTICIAS Y REVISTAS HISTÓRICAS

EN EL SIGLO DE ORO DEL SIGLO XVII

EL TORNO

POR D. JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

MADRID:

IMPRESA DE D. JUAN DE ROSAS

Torres 24 (segunda)

1881

AL EXCMO. SR. D. CRISTOBAL COLON,

DUQUE DE VERAGUA, GRANDE DE ESPAÑA Y SENADOR
DEL REINO.

Iniciado hace ya bastantes años en las reglas precisas y clásicas de la lidia, tambien llegó hasta mí la tradicion de ciertas notables personalidades que con aventajamiento habrian colocado el arte á buena altura.

Puedo por dicha mia contar á vuestro padre como uno de mis principales maestros y el que más despertó en mí el deseo á los trabajos históricos de esta clase.

En esto pues, fundo el derecho que á vos toca y la razon que tengo para dedicarle este débil trabajo que por su modesta proporcion coloco bajo vuestro bondadoso patrocinio. Aceptad sólo como un grato recuerdo y expresion de mi acendrado cariño con que os distingue vuestro seguro servidor Q. B. S. M.

EL AUTOR.

Córdoba y Octubre de 1880.

I.

Con grande satisfaccion ven todos los aficionados al arte taurino la aparicion de obras que de su historia y progreso traten, porque siempre confian aprender algo bueno y saber algo más. Es tambien un dato en favor de aquellos espectáculos, pues nunca se han dado á la prensa tantos libros (de más ó ménos importancia) como en los 50 años trascurridos desde que con el nombre del célebre Montes se publicó su *tauromáquia*, y es, en efecto, que á más del pasatiempo de las corridas, se busca el por qué de ellas, se indaga cuál fué su principio, por qué alcanzó tanto nombre esta aficion y se desea conocer circunstanciadamente el personal que con repetidos progresos y descubrimientos elevaron á suertes vistosas y seguras lo que en tiempos remotos fué valentía y arrojo.

Las tauromáquias hasta el dia escritas, la filosofia de los toros del inolvidable Abenamar, *La Historia* de don Fernando Gomez de Bedoya, los *Anales del Toreo*, y últimamente el libro del Sr. Sanchez de Neira, todos juntos y cada cual particularmente han prestado un servicio al arte y satisfecho hasta un punto á los que desean saber y á nosotros en muy alto grado, porque consagrados por una aficion insaciable á reunir datos y antecedentes,

nos han revelado en más de una ocasion secretos que ignorábamos.

Sin embargo, nuestra peculiar condicion de curiosos nos hace á la par exigentes, y por tanto es preciso que los hechos nuevos que á nuestra consideracion se presenten tengan condiciones para ser creibles, al par que justificacion y base sólida para ser creidos; no basta para nuestra conviccion el *dicho*, pues se hace indispensable la prueba y este casi con las condiciones que exige el derecho.

Por esto nos hemos impuesto un deber moral de hacer nuestras observaciones, dándolas tambien á la prensa para que en todo caso y puestas á la consideracion de los que estuvieren en nuestro propio lugar, sean conocidas, discutidas y aun rebatidas como falsas si tal calificativo merecieren.

Así, pues, á la raiz de la *Historia del Toreo* de don Fernando Gomez de Bedoya (tal era su nombre y apellido) en 1850 comenzamos nuestro trabajo que más tarde publicamos con el epígrafe de *Verdadero origen de las corridas de toros*, y á la aparicion de los *Anales* nos permitimos escribir una série de artículos en los que, ampliando noticias y corrigiendo errores, dimos á cada uno lo que era suyo.

Han pasado 10 años, en los cuales, siempre indagando y favorecidos por la fortuna, tenemos algo nuevo que presentar á los amantes de lo que pudieran llamarse *curiosidades taurinas*, y aprovechamos gustosos la ocasion con que nos brinda la publicacion de una obra impresa y redactada en Madrid y quizá en las oficinas del periódico taurino más caracterizado y más antiguo. Que no vea el autor en nuestros renglones animadversion, que no vea oposicion sistemática contra el que escribe, pues

to que el móvil que me impulsa lo he manifestado sinceramente y ahora lo consignaré sintetizando. Queremos que cuando se hace la historia se purgue la narracion de las mil fábulas y patrañas que hoy no pueden pasar y se dején de consignar anacronismos que saltan á la vista y desvirtuan la belleza en la forma del relato y la verdad en el fondo.

Esto, que es una aspiracion legitima, es lo que solamente me hace ocuparme del libro del Sr. Neira y el proyecto de un diccionario taurino, en el que por órden alfabético se diera cuenta de nombres que hubieran alcanzado una celebridad nos pareció excelente, y mucho más si á esto se añadía una noticia circunstanciada de todas las suertes y accesorios del toreo: este trabajo exigía algo más de lo que á primera vista pudo siquiera sospechar su autor, pues no era bastante poseer las dotes del Sr. Sanchez de Neira ni su profunda aficion y ardiente constancia, ni su escrupuloso empeño en recolectar datos: era necesario acudir con perseverancia y no poca fé á los manantiales copiosos que habian de proporcionar extensos datos en tal materia: no era bastante tomar la historia que en 1850 escribió D. F. G. de Bedoya, los anales y el folleto *Toreros cordobeses*, arrancar de ellos un centenar de nombres propios, muchos equivocados, forjarles en breves palabras una historia errónea y trasladar en más de una ocasion la época en que florecieron, confundiendo así la condicion más indispensable y que debe tener más en cuenta el narrador que quiere sentar la verdad de los hechos.

El referido Bedoya cayó en el defecto tambien de escribir tan á la ligera su libro, que omitiendo hechos precisos y cambiando otros, adulteró en muchos pasajes escritos con apasionamiento extremo, la verdad tradicional

y aun la escrita por aficionados que le habian antecedido, con sumo laconismo en lo principal y aun en accidentes que debian formar un todo completo.

Hizo más el referido autor, atendiendo tan solo á rebuscar datos en el archivo de la Beneficencia de la córte, trasladó á su libro, en la parte que llama Regeneracion del toreo, por años y temporadas, los nombres de los espadas y cuadrillas que actuaron desde la construccion de la plaza de la Puerta de Alcalá; pero este cuidado y este solícito afan hubiera sido más propio para hacer la historia del referido circo, porque al par que habla de Madrid con ese detalle minucioso, olvida por completo lo que pasaba en las provincias, cuna del toreo, y lo que hacian las Maestranzas andaluzas, con cuya proteccion é iniciativa se formaban esos toreros, que ya notables iban al coso de la córte á llamar la atencion pública.

El autor de la historia del toreo en esa parte citada señala el año de 1774 como primer temporada en que *Hillo* estoqueó unido á su maestro Costillares, haciéndose notable entre los buenos, y la obra recien publicada señala el año de 1768 el del nacimiento de aquel: á primera vista se conoce que no pueden prevalecer ambas citas y que alguna debe ser errónea: ya el Sr. Velazquez y Sanchez en su obra estampó este año y dia como fecha del nacimiento del conocido espada, y de aquel libro sin duda se ha tomado; pero tambien debieron uno y otro restablecer la verdad á su lugar y rectificar un error que sigue confundiendo á los que leen los trabajos últimamente publicados.

Que *Hillo* comenzó muy jóven en la profesion de torero es cierto; pero tambien lo es, que no alternaría hasta la época á que se refiere el cartel cuya copia pondremos á su debido tiempo.

La obra que ocupa mi atención, escrita también en Madrid, se contrae mucho más á lo que allí ocurriera, á los diestros que allí residen, á las noticias que allí corren y á los papeles que allí se conservan; pero como Madrid no es España, la historia del arte taurino es imposible que la corte la suministre, y de aquí las faltas en que incurrió por ignorancia y omisión que señalaremos, cuando el caso llegue, al Sr. Neira, así como explanaremos nuestro pensamiento en esta materia.

Desde luego observamos que puntos históricos controvertidos se quieren resolver por suposiciones, y lo natural fuera tomar datos precisos, fijos y concretos, y con ellos á la vista discutir; porque quien pretenda historiar, tal debe ser su conducta y entonces no estrañaría ver escrita la frase «forzosamente he de considerar mi libro como el más extenso y completo de cuantos hasta ahora se han escrito sobre el arte de torear y sus incidencias.»

Ver si efectivamente el libro tiene esas condiciones, es el fin propuesto; ver hasta qué punto es veraz y exacto en la apreciación de hechos y si la imparcialidad es condición que le adorna, pues mucho nos hemos de alegrar hallando en él materia digna de elogio, porque sinceramente confesamos que por el bien del arte y sobre todo de su brillante historia, queremos verle á su altura en una época como la presente de cultura é ilustración, siquiera sea en los escritos que con tanta frecuencia se publican.

II.

Es imposible tratar de la cuestión de los progresos hechos por el arte taurino hasta la forma en que hoy

se encuentra, sin remontarse á su origen y apreciar la manera lenta pero segura como se ha ido completando un espectáculo que hoy tan controvertido es porque pasaron aquellas costumbres rudas que deificaban el valor personificado en la altiva raza española.

Nosotros en varias ocasiones hemos tocado este mismo extremo, y fuera una razon para hacer caso omiso de esta parte que comprende el libro recién publicado en Madrid; pero como tenemos algunos datos que añadir á los que en otras ocasiones han visto la luz pública, no resistimos á la tentacion de detenernos algo en este punto con el fin antes indicado; de la noticia que vamos á trascribir resulta un argumento que reforma la creencia de haber sido los griegos y romanos importadores en nuestra nacion de estos espectáculos, y nos mueve á creer que son tan antiguos como la raza humana, teniendo la noticia el doble mérito de darnos á conocer cómo aquellos primeros pobladores de España conocieron tambien el modo de lidiar y matar los toros frente á frente con la espada.

Con efecto; Loperraez hace mencion de una lápida descubierta en los cimientos de la antigua muralla de Clunia en el año 1774, para la obra de la iglesia de Peñalva, en la que se representa un toro en el acto de acometer, y frente á él á un hombre que le espera á pié firme con un estoque ó espada, y en la parte superior hay una inscripcion celtibérica. Parece que este relieve hace alusion á las corridas de toros.

El P. Lisinio Saez juzga, en vista de la lápida, que antes que los romanos se enseñoreasen de España ya se sabia el arte de matar toros. Algunos atribuyen la invencion de este espectáculo á los africanos ó á los árabes. Para festejar á los príncipes extranjeros se acostum-

braba á matar toros, segun claramente se demuestra en varias cédulas que se conservan en el archivo de Comp-tos de Navarra. y tambien se ofrecia este espectáculo por votos, como lo hizo la villa de Roa que prometió matar cuatro toros en 1394 con motivo de la peste.

La accion de torear es ciertamente tan antigua como el hombre; la lucha entre éste y el toro se pierde, en efecto, en la oscuridad de los siglos; pero esto, que se suponía, puede hoy afirmarse en presencia de lo que dejamos expuesto.

Autores de antigüedad respetable han hablado más ó ménos ligeramente de la lidia, pero de matar pié á tierra y frente á frente con espada, ninguno; y por ello claro es que la lápida en cuestion es un dato curioso de inestimable precio: aquellos, en los textos que copiamos en escritos publicados hace años, dan una idea ténue de los juegos y prueba á que se sometía á aquel bravo animal; el descubrimiento nuevo nos hace ver que hace muchos siglos los hombres, ya en espectáculo, hacian pasar á los toros por el filo de su espada.

El origen y desarrollo de las fiestas de toros se ha tratado magistralmente por muchos eruditos, y siempre se ha fijado su introduccion en España en el año 1100, sin alcanzar yo razon bastante para que, aun hoy, se tenga por cierta. En buen hora que cuando tal extremo no estuviese consignado, cuando aun no habia noticias en contrario, porque relaciones, crónicas y memorias lo habian supuesto, pasase esto por exácto hasta el punto de consignarse en un anuncio de vistas de toros, que copiaremos íntegro, llamando la atencion con aquella fecha memorable.

Hoy queda destituida tal cita, y hemos de confesar que la lidia en España fué patrimonio de todas las eda-

des, de todas las generaciones, y se realizó en todas las provincias de su extenso territorio.

El autor del *Diccionario* expone tan sólo como argumento contra aquella aseveracion, el hecho de que el Cid vivió antes del siglo XI; y como el tal personaje alanceó toros, claro es que ya esta fiesta se conocia. Por todo fundamento de tal opinion se nos presenta la poesía de Moratin, pero en cuestiones de este género tenemos nuestra opinion formada, y nuestro criterio es igual al del Sr. Velazquez y Sanchez. «En una reseña histórica no pueden tener cabida especies que no resulten autorizadas en documentos de autenticidad satisfactoria ó se deduzcan por lógica consecuencia de textos reconocidos por fuentes de ilustracion y fructuosas noticias.» Condiciones que faltan al texto antes dicho.

Tanta fuerza hacen en el ánimo de este escritor los versos de Moratin, y tan insignificantes, despreciadas y vanas son las citas auténticas y los pasages de libros que se refieren á los que invadieron y dominaron nuestra pátria, que sólo por razon de la citada poesía cree hubo fiestas de este género en España antes de la fecha citada ya. Ahora bien: el dato histórico de que nos hemos hecho cargo, puede, á no dudarlo, llevar á su ánimo la conviccion y creencia que no le inspiraron nuestros escritos y citas.

Tratada la historia y progreso de la lidia de reses bravas, con el juicio más acomodado á la verdad, por el ilustrado sevillano autor de los *Anales*, ha expuesto allí claramente textos que son justificantes de su existencia en la edad media, y ora en las palabras de Juan de Leon, conocido por *el Nubiense*, ya con las de Juan de Medina, comentarista ilustrado del libro de las Partidas; ó las del cronista del conde de Buelna, ha trazado la ma-

nera como en periodos sucesivos fué enriqueciéndose hasta llegar á los siglos XVI y XVII, época floreciente del arte de la jineta.

Los escritores de tauromáquia hallarán siempre, con la lectura de los *Anales*, limpias y abundantes fuentes donde beber la ilustracion que hasta ahora era un punto ménos que imposible por no haberse hecho las exploraciones debidas en esta materia, ni haberse dedicado, con la formalidad que requeria, ningun escritor al asunto de que tratamos.

Hecha esta manifestacion, que nadie podrá negarnos, se comprenderá fácilmente la comodidad con que el señor Sanchez de Neira ha podido tratar este punto no teniendo, ni datos nuevos que añadir, ni textos nuevos que corrijan lo escrito: sólo se fija algo en la repugnancia con que la Reina Católica D.^a Isabel, disgustada de ver un espectáculo en que peligraba la vida del hombre, quiso prohibirle, sin hallarse (en su opinion) bastante fuerte para realizar tal empresa. A continuacion insertamos lo que escribe una persona que vivió en aquellos tiempos: «1494 en Arévalo corrieron toros y mandó la reina que en el corral les encajasen otros cuernos de buelles muertos en los propios que ellos tenian, y asi puestos se los clavasen porque no se les pudiesen caer los postizos é como los ingertos volvian los extremos é puntas de ellos sobre las espaldas del toro, no podian herir á ningun caballo ni peon aunque le alcanzase sino dalle de plano y no hacelle otro mal, é así era un gracioso pasatiempo é cosa para mucho reir.»

«E de allí adelante no queria la reina que se corriesen toros en su presencia sino con aquellos guantes de la manera que se ha dicho.» *Libro de la Cámara Real del Príncipe D. Juan*, página 93.

Hablamos antes de los tiempos de la gineta y con razon debemos detenernos en ellos, porque fueron los primeros libros en que se comenzaron á reducir á reglas é instrucciones las prácticas y modo de hacer en combate hípico las suertes con los toros, ya fuera en campo abierto, en cosos cerrados para divertimento de la concurrencia en regocijos públicos; tambien es sabido que en esas épocas y las anteriores, los españoles importaron su aficion favorita en los pueblos de sus conquistas, y tuvimos la dicha de publicar, sacada de un manuscrito, la descripción de una corrida hecha en la plaza del palacio de Nápoles, como hoy podemos apuntar otro dato curioso sobre reglas de torear á pié: hasta ahora todos los escritores habian tenido el libro de Rodriguez Noveli, publicado en 1726, como el primero que trató de las suertes de á pié. El Sr. Velazquez y Sanchez dijo de él «que era la última palabra sobre la lidia de los caballeros y la primera indicacion respecto á los adelantos de los peones en este arte», y aún el mismo Noveli se expresaba así: «lo que parece se tendrá por nuevo, son las advertencias que para torear propongo», y todos cuantos leyeron el libro, creyeron ver el fundamento de las tauromáquias que tratan de las suertes de á pié y de á caballo; pues bien, tanto el autor Noveli, como sus panegiristas, hablaban sin conocimiento de un libro que, sin duda por no haberse publicado, fué para todos desconocido. Es este un tratado de la brida y la gineta, y de las formas de torear á pié y á caballo, de D. Diego Ramirez de Haro, escrito en el reinado de Felipe II, y se conserva manuscrito en la Biblioteca nacional, dando con su existencia un testimonio irrecusable que desde el siglo XVI eran tan hermanas las profesiones de á caballo y de á pié, que sólo entre ellas puede ser la primogénita la del ginete

por estar más en boga en aquellos tiempos y en los anteriores el noble ejercicio de la caballería; pero llegado el siglo XVIII y perdida en gran parte su importancia, la alcanzó, y muy superior, el toreo moderno, y aquel que era el auxiliar en la gineta, vino á ser lo principal en los cosos y palenques.

El Sr. Neira, que traza resueltamente la historia del arte en este siglo, habla con sobrado desden de los monarcas que, excitados por una parte de la nacion que eran como hoy enemigos de la fiesta nacional, no pudieron, sin embargo, proscribir de nuestro suelo las corridas de toros, y no hay motivo para tal, cuando los reinados de los dos últimos Cárlos fueron la época más fecunda y de mayores elementos de prosperidad para el desarrollo y lucimiento del arte, mereciendo los notables que á él se dedicaban, unas distinciones y un favor impropio de su clase.

Antes de estos hombres hubo otros de no menos importancia, mérito, aliento y valor esforzado, que fueron los que arraigaron el arte para bien de la generacion que le sucedió: en apoyo de nuestro aserto vamos á copiar la parte que hace al caso de un estimable manuscrito hecho despues del 1801 por un consumado é imparcial aficionado, cuya lectura han de dar á conocer al Sr. Neira los errores en que ha incurrido; dice así: «Al principio del siglo último, al paso que iba decayendo la general aficion de los caballeros á quebrar rejones, se fué propagando la del manejo de la capa, el de la espada, garrocha, lancillas y otros, en que no se advertia la perfeccion que hoy. Así como en cuanto al uso del rejon hemos sentido que fueron innumerables los caballeros que le manejaban, lo mismo sucedió por lo que mira á las citadas posteriores suertes, las que tambien acos-

tumbraba la mayor parte de la plebe; y así sólo me pondré hablar de los pocos aficionados que al principio del siglo XVIII brillaron en otras provincias, respecto ser obra interminable la de verificarlo de las expresadas de Andalucía.

»En este supuesto principiaremos manifestando que D. Bernardo Alcalde, conocido por el licenciado de Falses, natural del pueblo titulado así en el reino de Navarra, fué imponderable diestro, con singularidad en hacer recortes ó cuarteos á los toros, sin desembozarse de la capa; con ella en la mano ejecutó difíciles y primorosas suertes al estilo de su país; saltaba los toros en la más rápida carrera con mucha facilidad, á todo lo que contribuía principalmente su extraordinaria ligereza.

»D. Sebastian Ponce de Leon, natural de la villa de Aro, en la Rioja, fué contemporáneo del referido Alcalde, y siempre le aventajó éste á aquel en las varias competencias que tuvieron en diferentes plazas, sin embargo de que Ponce era más general por haber poseído el manejo de la espada y banderillas con superioridad á su rival.

»En la misma época de ambos D. Babil Losen, natural de Pamplona, tuvo mucha opinion de diestro por haberlo sido positivamente en todo cuanto queda expresado de aquellos, en especial con los toros navarros, que son los más proporcionados al efecto, tanto por la mayor sencillez con que embisten á los engaños y suertes, como por dominarse al intento por su pequeñez, la que igualmente que lo corto de las astas, contribuye á mirarlos con menos respeto, y de ahí es que aun en el día notamos que varios toreros, de los pocos que hay en dichos pueblos y los circunvecinos, ó pierden mucha parte de su mérito cuando lidian toros de otras provincias, ó se escusan de verificarlo.

»Habiendo dado una idea de las habilidades que poseían los aficionados antiguos de todas clases, es consiguiente lo ejecutemos de los lidiadores de profesion que han muerto ó se hallan retirados. En este concepto, entre los que por oficio lo fueron de á caballo, se distinguieron—singularmente en rejonear y picar—Juan Ortega, los tres hermanos Marchantes, los dos Gameros, Daza, Santander y Fernando del Toro, de los que sólo el primero vive: el último fué tambien muy diestro en matar desde el caballo con la garrocha los muy feroces y corpulentos lobos que se crían en el dilatado coto que llaman de Doña Ana, término de la villa de Almonte en el reino de Sevilla.

»Para solo picar fueron completísimos Alonso Ortega, padre del referido Juan, Lopez, Benitez, Vela, Rendon, Fernandez, Almansa, Amisas, Nuñez, Jimenez, *Chamorro* y *Colchon*, ya difuntos.

»Los picadores que han merecido el concepto de más diestros y aún viven colocados en virtud de real gracia en varios recomendables destinos son: Varo, Revilla, Gomez y Jimenez; el primero ejecutaba con suma perfeccion la no comun y difícil suerte de derribar los toros desde el caballo en su más rápida carrera, tomándolos por la cola, al modo que cuando ya están algo cansados, lo ejecutan á pié algunos alentados y ágiles vaqueros del citado reino de Sevilla. Varo introdujo varias reformas en el traje, el uso de la redecilla, y en una palabra, se miraba para todo como un modelo de primor y gentileza.

»Estos lidiadores de profesion á caballo y los anteriormente expresados, nacieron en el reino de Sevilla, los más antiguos en el siglo xvii y los más modernos en el xviii; en el primer tercio de este principiaron á torear en los públicos anfiteatros.

»Estando ya en el caso de que hablemos de los lidiadores de á pié antiguos y de los modernos que han fenecido, como de los que se han retirado; únicamente se hará mención de los que lograron subir á la alta cumbre de la mayor destreza, bajo cuyo concepto digo, que el primero que lo consiguió fué Melchor Calderon, natural de Medina Sidonia, al que vulgarmente llamaban el mónstruo andaluz, por haberlo sido en realidad, tanto en el manejo de la capa como en el de la espada, pues hasta su tiempo no se vió otro igual; en poner banderillas excedió de los límites que habian tocado los más diestros navarros, porque las partia por medio y despues las clavaba á cachetes ó puñetazos.

»Al conocido por Martincho (natural de la villa de Aro) le titulaban el inimitable, porque en efecto lo era en los quiebros ó ceñidos recortes que hacía á los toros con el cuerpo y con las banderillas al tiempo de plantarlas. Con la espada lo desempeñó con mucho aplauso, y en lugar de muleta, usaba por lo comun un broquel ó rodela. Fué el más sobresaliente lidiador de su país y el único que pudo competir con el citado Calderon.

»A los dos expresados sucedió Lorenzo Fernandez, natural de Cádiz, al que comunmente llamaban *Lorencillo*, por ser de corta estatura; éste fué muy celebrado y completo en todos los manejos propios de su profesion.

»A este siguió el incomparable Joseph Cándido, natural de la villa de Chiclana, cuya habilidad fué tan colmada en el manejo de la espada, banderillas, capa, saltar los toros, picarlos á pié, y otras suertes extraordinarias, como en cuantas se ejecutaran á caballo en las plazas y en los campos; y así es acreedor su admirable mérito á los más particulares elogios.

»Luego tuvimos al celebrado Joaquin Rodriguez (álias

Costillares), natural de Sevilla, el que no sólo fué un torero muy fino, galan, general y consumado, si tambien autor de la famosa treta ó suerte de matar á toro parado á vuelapiés, por cuya sola invencion debe esculpirse su memoria en láminas de bronce; pues además del inferior riesgo á que se exponen los que la ejecutan con los toros que lo exigen (y antes costaba tantas dificultades y contingencias rematarlos) se liberta el público de la insufrible incomodidad que causaba la excesiva detencion para que muriesen los que no querian embestir ó se echaban fuera del centro, luego que se les tocaba con la punta de la espada.

»Seguidamente disfrutamos de la intrépida gallardía y agigantado poder del gran Romero (natural de Ronda), el que con especialidad en los últimos años que tuvimos la inexagerable satisfaccion de verle, estaba tan sobre el punto de la más alambicada destreza y sólida valentía á que puede aspirarse en el manejo de la espada y capa, como en el de los quites que con esta ejecutaba su insignificable celo, á todos los lidiadores de á caballo y de á pié, librándolos de los riesgos más decididos y visibles.

»Estos hechos, congregados á los de sus bellas propensiones, contribuyeron altamente á que se retirase con la distinguida colocacion que se dignó concederle la liberal beneficencia de nuestro amado soberano.

»Casi al propio tiempo que el gran Romero, empezó el memorable sevillano Joseph Delgado (renombrado *Hillo*) á descubrir una habilidad tan brillante y universal con la espada, banderillas, capa y sus originales, graciosos y difíciles cuarteos ó recortes, que con singularidad en estos no tuvo semejante hasta la última hora de su vida, y como que con la espada hubo raro que le aventajase, á pesar de sus cortas facultades, podemos con razon afir-

mar, que no ménos por lo insinuado que por su inalterable y jamas vista presencia de ánimo, fué uno de los lidiadores de primer órden, que debe tener lugar entre los pocos de esta clase que se han conocido y quedan expresados.»

Justo es conocer y confesar al mismo tiempo, que el anterior relato es interesante y utilísimo, por más de un concepto, y es sensible que no se haga extensivo á otros lidiadores coetáneos de los que menciona; pero la razon de esta falta, que sabemos por el mismo autor, es que sólo se propuso hablar de los que llegaron al sumo grado de perfeccion, especialmente en los lidiadores de á pié: por lo demás, testigo ocular del trabajo de todos ellos, hábil, inteligente, práctico y concienzudo aficionado, habría llenado completamente con su trabajo un vacío, imposible de completar hoy, referente al período histórico taurino de que vamos tratando: pero como por otra parte nunca pudo sospechar que la correspondencia dirigida á sus amigos particulares pudiera ver la luz pública, y como á la vez se dirigia á personas tan competentes como él, que disfrutaron y apreciaron el trabajo de aquellos lidiadores omitidos y mencionados, se explica perfectamente la escrupulosidad del escritor en hablar tan sólo de lo que fué muy notable, objeto exclusivo de la pregunta de sus amigos.

Ahora, para completar de algun modo datos de esta época, y á la par hacer conocer un sin número de ganaderías ignoradas, vamos á copiar el cartel más antiguo, sin duda alguna, de que se tiene noticia, y que forma la coleccion del que poseyendo, proximamente, 2.000 documentos de este género, antiguos y modernos, confiesa no ser aficionado ni haber asistido jamás á una corrida de toros.

En los nombres que dicho cartel revela, tanto de jinetes como de peones, los hay desconocidos; lo que indica que estos pertenecieron al segundo rango ó categoría, de la cual los escritores hicieron caso omiso, pero que hoy, dado el deseo de poseer la historia del arte, es curioso el conocimiento de ellos.

Lista de los dueños de toros que en las primeras fiestas de los dias 21 y 23 de Abril se han de jugar en la Plaza de la Real Maestranza de caballeria de esta Muy Noble y Leal Ciudad de Sevilla, con expresion de las divisas que han de salir, nombres de los que les han de dar muerte, assi de acaballo como de á pié. Año de 1763.

Nombres.	Colores y divisas.
De D. Joseph Maestre.	Verde.
Del Marqués de Valle Hermoso.	Azul.
Del Marqués de Ruchena. . . .	Anteada.
De D. Francisco del Rio y Riscos.	Blanca.
Del Algaravejo.	Negra.
De D. Ramon Liberal.	Encarnada y blanca.
De D. Thomas de Rivas.	Encarnada.
De D. Fernando Osorno.	Verde y Blanca.
Del Marqués de Medina.	Azul y anteada.
De D. Luis Ibarburu.	Encarnada, azul y blanca.
De Manuel Gonzalez.	Pajiza y Morada.
De Gregorio Vazquez.	Negra y Blanca.

En los dos referidos dias se dará muerte á 44 toros de las dichas Castas, probando fortuna á su braveza, de

caballo, los diestros Christoval Ravino, Francisco Gil y Juan de Escobar; y de á pié, los conocidos Juan Miguel, Manuel Palomo, Joachim Rodriguez y Antonio Alban. Dios quiera que se ejecuten sin la menor desgracia, recordando á los aficionados de esta diversion contamos desde las primeras fiestas públicas en España seiscientos sesenta y tres años; en cuyo espacio se han formado várias plazas en nuestra Península, excediendo, estando acabada (*no se si diga á las del orbe*), la de esta Ciudad.

BIOGRAFÍAS.

Desde que en 25 de Julio de 1776 D. Nicolás F. de Moratin escribió su famosa carta sobre el origen de los toros dirigida al Príncipe Pignatelli, en la que á la ligera, pero robustecida con curiosas citas, hace patente su antigüedad entre los españoles, no hubo escritor alguno que al tratar de esta materia no se inspirase en su concienzudo trabajo.

Posteriormente, el principio de las tauromaquias, de las leyendas, novelas y artículos biográficos partieron de aquellos puntos, concretos pero ineficaces, para llenar un vacío, no ya de remotos tiempos, sino de aquellos en que vivió el propio esclarecido escritor, el más brillante para la afición y abundante de hombres en la lidia.

Preciso era seguir el camino trazado por aquel erudito; rebuscando en códices, libros y manuscritos noticias verídicas quien quisiese ampliar su trabajo, honor que cupo más tarde al escritor de los *Anales del Toreo*, impresos en Sevilla.

Pero se ha publicado la obra que motiva este trabajo y nuestro objeto será ver si llena su cometido en la parte que indica el epigrafe anterior, asunto en nuestro concepto el más brillante de que puede ocuparse una pluma bien cortada y el que tambien tiene más escollos como resultó probado en la realidad, patente de ello que nos

dieron á conocer los trabajos de Bedoya impresos en Madrid.

No es solamente la carencia de noticias, la repugnancia de los interesados á suministrarlas, la contradiccion en los antecedentes y la parcialidad en la tradicion, los solos escollos con que se ha de tropezar, es sí tambien las dotes especiales y condiciones precisas de que ha de estar adornado el que escriba, para no hacer de la biografía fábula increíble de lo remoto ó memorial rastrero de adulacion servil tratándose de personas que aun existen los interesados ó sus hijos.

No era bastante el curioso archivo de un aficionado para escribir la historia del año 1850, ni las biografías y diccionario de nuestros días y mucho ménos despues de haber publicado el Sr. Velazquez y Sanchez sus *Anales*, porque en ellos y comprendiendo que en libros de esta clase no pueden sentarse gratuitamente hechos que no tengan por base documentos que prueben la verdad histórica, descargó aquella de infinitos errores que vulgarmente eran creidos y que no por eso á los escritores que le sucedieron les han hecho desistir, defecto primero de que adolecen. Repetimos que no era bastante una coleccion particular para sacar de ella una historia completa de todo el personal que se dedicó á las lides, desde la aparicion en la arena del arte asalariado; era preciso ver todas las colecciones, todos los archivos de las Maestranzas, cuyas corporaciones fueron patrocinadoras de aquel; era necesario recojer la tradicion de personas de algun criterio por lo ménos y de una gran verdad, y era preciso, en fin, cultivar este anhelo en el país privilegiado que produjo espontáneamente y á una vez las ganaderías bravas y el arte de la lidia.

Desde Madrid, pátria adoptiva del arte, no era bastante

el empeño de una persona para lograr el fin deseado, como así lo demuestra la redacción del último libro de este género: en cambio en Andalucía en manos de particulares, de asociaciones y en oficinas públicas se encuentran reunidos abundantes datos capaces de satisfacer al que se dedicase inquiriendo, con curiosas noticias sus más exagerados deseos: probado está que esto es así por la copiosa suma de originales, la esplendente riqueza que contiene el libro concebido y llevado á término en Sevilla, cuna y madre legítima del toreo, en un período largo y no interrumpido de tiempo.

Allí antecedentes, papeles, tradición de generación á generación, coplas y dichos peculiares sabidos de todo el mundo están diciendo que aquellos son datos supletorios que deben recogerse y utilizarse, cuando son unánimes y contestes.

Cualquiera, aun el más contrario á la opinion que hemos emitido antes, se habrá convencido plenamente de la razón y fundamento con que abogamos para que una obra de las pretensiones y trascendencia en su género como la del Sr. Sanchez de Neira, fuera redactada con copia de datos suficientes á ilustrarla de una manera debida; no hay que esforzarse para probar que los coleccionistas reúnen en su poder elementos exuberantes del género que reclamamos; y si á esto se unen otros muchos, que bien sean ajenos á la afición de la lidia de toros, ya sean partidarios y amantes de ella, pero que todos posean papeles estimables que, como los transcritos, revelan la existencia de ganaderías y lidiadores desconocidos, tendríamos, con tales materiales á la vista, una narración exácta, porque estaria basada en documentos verdaderos, curiosa porque sus notas, advertencias y prescripciones, darian una idea exácta de las

costumbres sociales y típicas del tiempo en que se escribieron.

Indudablemente, al mérito de una obra así redactada habria debido añadirse el de la perseverancia y trabajo prolijo, con el no ménos penoso de remover obstáculos y repugnancias de que jamás se halla libre el que acomete una empresa de esta clase, porque nunca existe la unidad de miras necesaria á contribuir de consuno al proyecto iniciado; pero que la fé y perseverancia vencen tales contrariedades y se llega así con doble láuro al logro de lo deseado.

Sentado, pues, que no es suficiente el anhelo de un completo aficionado, ni los datos que por sí solo pueda recojer, á la índole é importancia de un libro como el que nos ocupa, se evidencia una vez más el buen resultado que habria dado una colaboracion valiosa de inteligentes, todos á porfia, que suministrando verídicos datos, formase un libro purgado de errores y á la altura de los más solícitos por conocer la historia y detalles verdaderos del arte taurino en nuestra pátria: opinion razonada es esta que puede servir por tanto para disculpar las faltas que, bien á nuestro pesar, hemos de notar en los diferentes apuntes biográficos insertos en el libro del señor Sanchez de Neira, y que iremos señalando por párrafos separados, comenzando por el inmediato.

FRANCISCO ROMERO.

Insistimos una vez más en lo dicho; que todos los escritores taurinos con sólo la noticia de Moratin formaron los antecedentes y relato del matador de toros conocido con este nombre: tan escasos como son los datos

que evidencian sus hechos, y tan prolijos son en enumerar detalles y cualidades que les hace prorrumpir en superiores alabanzas que puede asegurarse más las ha conquistado aun para su significacion en el toreo, quizá por ser cabeza de una generacion ilustre de lidiadores notables y especiales. Compréndese fácilmente la verdad de nuestro aserto, cuando es muy controvertida la especie de que Romero fuese primero en su clase que mató cara á cara con la muleta, lo que no está ni desmentido ni basado. El propio Moratin asegura haber florecido en su tiempo *Potra*, el de Talavera, y el caballero Godoy, que hicieron lo mismo que él. Pero novelistas y escritores superficiales han querido gratuitamente atribuirle esta gloria, que por lo ménos ponemos en duda, y aceptamos, como más razonable, el parecer del Sr. Velazquez.

Panegiristas de Francisco Romero ven en su personalidad el nacimiento, el origen del moderno toreo, pero nosotros explicamos esto y el completo olvido de los nombres que nos reveló la publicacion de los *Anales*, entre el vulgo de las gentes, no entre los que escriben y deben aquilatar la verdad.

El biógrafo de que hoy nos ocupamos no presenta dato alguno nuevo que pueda darnos idea ni conocimientos que no tuviéramos, y sin embargo, con lo poquísimo sabido, fabrica una fabulosa relacion como la del novelista de la obra *Pepe-Hillo*, difiriendo tan sólo de todos los que le precedieron, en que aquellos aseguran que Romero fuese carpintero de ribera (esto es, de útiles para labranza, carretas, etc.), oficio del que vivia como menestral, y el Sr. Neira, quizá por error, lo hace zapatero. Pero sus exploraciones no han descubierto ni el siglo en que nació, ni los años de su floreciente vida,

ni tan siquiera las plazas que recorriera. Esta carencia de datos nos hace creer que el héroe en cuestion obtuvo los triunfos en el toreo sólo en su país natal, y que la popularidad de su nombre ha de atribuirse á la feliz coincidencia de haber estado dignamente representado durante una centuria. Nuestra opinion es que el señor Neira ha ido más allá de lo que prudentemente podia.

JOSEPH CÁNDIDO.

Aun cuando nosotros no admitamos para basar señalados puntos históricos, como datos irrecusables las poesías laudatorias, creemos, sin embargo, que son auxiliares curiosísimos de que se debe echar mano para ilustrar y en muchos casos para complementar puntos que desean conocerse. Precisamente en la biografía de este lidiador nos hallamos dentro de nuestra opinion, y cuando escritores de valía han hecho caso omiso hasta de su trágico fin, debemos suponer que un punible descuido les hizo tratar muy á la ligera los antecedentes de su personalidad, muy notable en los fastos taurinos.

Nosotros, desde 1850, tuvimos noticia de un famoso romance dedicado á Cándido en elogio suyo, y por más que le buscamos con ahinco, no nos fué dado hallarlo, y el Sr. Neira, que dice poseerlo, habría prestado un señalado servicio insertándolo entre sus apuntes biográficos, tanto más siendo tan raro y escaso el dicho documento, pues además de su mérito literario, habríamos podido juzgar las minuciosidades que del lidiador en cuestion encierre, y por otras tantas razones que al más lerdo se ocurren sin grande esfuerzo.

Que Cándido fué un diestro de condiciones nada co-

munes, lo han confesado cuantos de él se ocuparon; es buena prueba de ello la existencia de la poesía que deseáramos leer, así como las siguientes frases que el diestro sevillano consigna en su tauromáquia del año 96, que dicen: «Vino José Cándido para abrir la puerta á la finura y seguridad de las suertes y han perfeccionado sus máximas Joaquin Rodriguez, Pedro Romero, Juan Conde, y yo he dado mis pinceladas.»

En otro librito publicado en Sevilla el año 94, en el cual se describen en versos latinos las corridas de toros, tal como entonces se verificaban, hay un pasaje que dice:

«Entran, pues, á picar Laureano Ortega,
 »Padilla, Antonio Parra con Juan Lopez,
 »de á pié Delgado Hillo y Garcés, y á estos
 »siguen otros toreros no inferiores »

• • • • •
 »El Cándido sagáz mató en su tiempo
 »á los toros cobardes por este orden,
 »ó á veces arrastrando la muleta
 »para hacerlos partir de sus temores.
 »Mas cuando le tocaba un toro bravo
 »de su grande muleta á uno ó dos toques
 »esperaba de firme le embistiese.
 »Dándole muerte á fuerza de valores
 »¡oh, Cándido, ninguno te ha excedido
 »en mañas, en valor, ni en instrucciones!
 »El Fénix, un Alcides, un Teseo
 »simbolizan al circo tu gran nombre.
 »Perdóneme el lector el episodio,
 »si elogios mereciendo los mayores,
 »á tu memoria ¡oh, Cándido! dedico
 »incienso como feudo á tus acciones.»

Escritores de reconocida verdad han dicho que José Cándido fué discípulo de Lorencillo, de quien aprendió su destreza y finura, lo que unido á sus excelentes dotes personales le llevó en su ejercicio á ser llamado el *incomparable* y en los apuntes que anteriormente hemos insertado, ha podido verse que era muy diestro en saltar los toros sin decir de qué manera.

El biógrafo que hoy nos ocupa, llevado de una exaltada fantástica ilusion, se hace inventor del hiperbólico salto sobre el testuz y hasta se imagina ver el efecto que produjo en el público que un hombre (escotero) puesto frente á frente de un toro, salvase la embestida de un brinco en que apoyaba su pié entre las astas.

Sabe todo el que ha leído las historias y tauromáquias escritas, que solo en la de Montes por la primera vez apareció descrito el tal salto y que allí se dice que lo ejecutaba el famoso Lorencillo; si este fué en efecto maestro de Cándido, no puede sostenerse ni por un momento que el incomparable diestro tenga la gloria de tal invencion.

Además hay una tradicion de que habiendo bajado á nuestra Andalucía antes de Carlos IV las personas reales y verificándose en una de sus plazas una corrida de toros, un diestro hizo la tal suerte y como la Reina no habia estado con atencion á ello, á los aplausos del público preguntó lo que pasaba, manifestando deseo de que se repitiera para satisfacer su curiosidad; ó sea que el toro estaba ya poco á propósito, ó que el diestro no estuvo tan feliz como en el primero, es el hecho que fué cogido y muerto, de que las augustas personas hubieron grande pena.

No es nuestro ánimo asegurar por esta tradicion y por lo escrito, la existencia de una suerte de posible ejecucion, antes bien negamos que en ningun tiempo, ni por

nadie, había podido verificarse con la precisa circunstancia de apoyar el pié en el testuz y con el empuje del bruto salvar la distancia y salir ileso; comprendemos sí un salto de frente, de cabeza á cola, como hay caso de haberlo verificado en la plaza de Jerez por los años de 1840, el espada Juan Yust lidiando en compañía de Francisco Montes, los saltos que con vacas y novillos dan los habitantes de las Landas (Francia) y en más de una ocasion se ha visto en el Norte en nuestras plazas de toros, como últimamente el atrevido Paul Daverat.

El escritor de una obra de cierta pretension clásica y completa debe purgarla de nimiedades y de asertos absurdos que han de llevar el desprestigio de ella ante los que conocen sus defectos y además hacen formar un juicio extraviado á los que ajenos á la materia toman por verdad lo escrito.

Hechas nuestras observaciones y consignado nuestro parecer contrario á la existencia del salto sobre el testuz, dejamos la cuestion íntegra á los lectores aficionados para que ellos resuelvan si tenemos ó no razon, y pasemos por tanto al parecer del Sr. Neira sobre quién fué su inventor y sobre cuál punto tambien tenemos consignada nuestra creencia fundada en lo ya expuesto.

¡Pero cuál no ha sido nuestra sorpresa cuando al leer los antecedentes del lidiador Lorencillo vemos allí consignado que fué el inventor de la tal suerte, parecer anómalo que pone al escritor biográfico en contradiccion con el del Diccionario!

Respecto al maestro de Cándido, sólo podemos afirmar lo dicho trasladando al lector al relato que antes copiamos, y que por serlo de un escritor de suma verdad y coetáneo acatamos, aunque los tales antecedentes modifican nuestra propia opinion que un día emitimos res-

pecto á ser Lorencillo el torero ajustado en Madrid en 1737, opinion que sin duda extravió la del Sr. Sanchez de Neira y que hoy rectificamos y creemos de nuestra lealtad y deber consignar desde luego y confesar palmaria-mente haber estado por tanto tiempo equivocados. Sólo de documentos asi resulta la verdad.

JOSÉ DELGADO (*HILLO*).

Causa verdadero asombro ver el descuido con que se trataron los asuntos taurinos y en caso la falta de criterio que se observa en escritores que han debido colectar datos precisos y verídicos antes de sentar hechos.

Por lo mismo que la personalidad de *Hillo* es quizá la más popular entre los lidiadores, tambien los datos sobre su carrera artística son más contradictorios y hasta absurdos. La Historia del toreo de 1850, no dando cuenta del año de su nacimiento, enumeró las temporadas en que trabajó en la plaza de la córte, y quizá tomado tal dato de aquel libro, en unas efemérides taurinas se cita el 20 de Junio de 1774 el dia en que mató por primera vez en la plaza de Madrid ganando la suma de 500 reales. Como esta fecha, confrontada con la que fijó el autor de los *Anales* en que naciera *Hillo*, nos traeria el imposible de que verificase aquel acto á la edad de seis años, hay necesidad de estudiar la causa de tal error consignado en un libro que se llama *Historia*, y nosotros creemos haber dado con la razon que motivara aquel error.

En nuestro folleto *Toreros cordobeses* hicimos mencion de cuatro corridas verificadas en Córdoba en el mes de Setiembre de 1770, en que siendo los matadores Damian Gallo, Félix Palomo y Andrés de la Cruz, les ayu-

dó á estoquear los 48 toros un banderillero sevillano llamado Josef Delgado, y como el año 74 actuó en la plaza de Madrid con el carácter de medio espada un torero de este nombre y apellido, no parándose en averiguar la verdad, confundieron al más tarde renombrado *Hillo* con este lidiador, que no pasó de medianía insignificante.

Tampoco puede fijarse el año de 1768 aquel en que naciera *Hillo*, si hemos de sentar como fija la fecha del 84, en la que alternase por primera vez con Romero en la plaza de Cádiz, porque entonces contaria tan sólo 16, á cuya edad es imposible llevase la práctica precisa entonces para que un peon de lidia pasase á la categoría de espada, ni su desarrollo físico permitiría tampoco que sujeto á los lances de una faena ruda y comprometida, un mozalvete pudiera salir airoso de ella con rivales y émulos de tanto mérito y cualidades como eran los toreros de la escuela Rondeña y de los Puertos.

No comprendemos como el Sr. Velazquez, historiador concienzudo y veraz, sentase aquella fecha que está sin duda alguna equivocada, sin que nosotros, exahustos de prueba en la materia, podamos decir cuál es la verdadera. Insistimos en que en 1784 lidiaron juntos en la plaza de Cádiz, y siendo cierta la rivalidad y emulacion de que habla la carta impresa en varias obras taurinas y últimamente en la del Sr. Neira se comprende que aquel público tan dividido en bandos, ya proclamando á Romero sin igual, ya al animoso *Hillo*, quisiera en la temporada siguiente volverlos á ver reunidos en aquel circo, como en efecto se verificó.

El cartel, que por fortuna conservamos, anuncia para la tarde del 10 de Agosto de 1785 la décima octava corrida de aquel año, en la que se habian de lidiar 11 toros de las castas siguientes: nueve de la vacada de D. Pablo

Rivero Cabeza Leal, de Jerez, y dos de D. Alonso Sanchez, de Vejer, con divisa negra; fueron picadores Bartolomé Padilla y Juan Jimenez, de Jerez, Manuel Cañete, de Lebrija, y José Fernandez, de Jerez; y los matadores los famosos Pedro Romero, de Ronda, José Delgado (a) *Hillo*, más conocido por *Pepe-hillo*, de Sevilla, y Juan Conde, de Vejer; banderilleros Juan Jorge, de Cádiz, Ignacio García y Vicente Estrada, del Puerto, José y Antonio Romero, de Ronda, y Francisco Aragon, de Chiclana.

Constantes en nuestros deseos por investigar cuanto pueda dar alguna luz sobre hechos dudosos, hemos registrado nuestra coleccion para ver carteles de la plaza de Cádiz, y en efecto, en otro del 10 de Agosto de 1796 hallamos un renglon que dice: «Siendo diputados los señores regidores perpétuos de la ciudad D. José de Lila y Sopranis, capitan de milicias urbanas de ella, y D. Lorenzo Ruiz del Arco. En dicha funcion tomaron parte los picadores L. Ortega, Enrique Guerrero, Juan Muñoz y Cristóbal Delgado; los espadas Juan Conde y Bartolomé Jimenez, y los banderilleros Ambrosio Recuenco, José de Castro, Pablo Jimenez, Sebastian de Vargas y José Diaz, todos de Cádiz.

El lector recordará que la funcion verificada en Cádiz y cuyo relato hace la carta que se atribuye al mismo Romero, fué presidida por aquel señor regidor, razon que nos ha movido á tener mayor seguridad en nuestro dicho de que se verificó en 1784. Es con efecto más creíble por quanto tal fecha está más cercana del 96, en la que positivamente sabemos intervino en las fiestas de toros el D. José de Lila y el que parece interpuso su autoridad para que cesara la tenaz rivalidad de ambos famosos espadas. Creemos, pues, bastante lo expuesto para

quedar sentado que *Hillo*, contando la edad de 40 años cuando murió, alternaría en Cádiz con Romero por primera vez en 1784 y volvió al siguiente año.

ANTONIO LEMOS.

A la creación de la escuela de tauromáquia preservativa establecida en la capital andaluza en 1830, fué tal la afición despertada á las lides taurinas, que llena de entusiasmo la juventud sevillana, arrastró voluntades y resolvió á tomar el arte taurino como medio lucrativo á muchos que hubieran sido ajenos á él. En este caso se encuentra el hombre que motiva estos renglones. Nacido en Alcalá del Rio Guadaira, de una noble, honrada y bien acomodada familia, se dedicó al estudio de las humanidades, bajo la dirección de espertos profesores, con el fin de alcanzar un día el nombramiento para desempeñar la escribanía, propiedad de su padre. Mozo de 20 años Antonio, y amigo íntimo de los condes del Aguila, Vriurtoas, Perez de Guzman y otros, asistian á cuantas expediciones campestres se verificaban de tientas y acosos en campo abierto; últimamente, por compromiso irresistible en la función preparada para el 23 de Agosto de 1830, figuró su nombre como uno de los picadores que habian de trabajar en aquella memorable tarde, primera que estoqueó en público Guzman.

Desde entonces, y alentado por su matador, abrazó la profesión de torero de á caballo, consiguiendo en ella un distinguido nombre debido á su habilidad y desenvoltura como jinete consumado; figuró en las cuadrillas de los espadas andaluces, especialmente en la del referido D. Rafael Guzman; picó en Setiembre de 1840 en

Sevilla con las de Juan Leon y Juan Yust, perteneció más tarde á la famosa de *Curro Cúchares*; hizo en Madrid varias temporadas, y últimamente, la de 1849, ajustado por la empresa; perteneció tambien á la cuadrilla de los Carmonas, trabajó en Córdoba con el espada Antonio Gil, y dió la alternativa de picador de número al luego célebre Onofre Alvarez, y recorrió todas las plazas de España, hasta que, amenguados sus brios al pasar su juventud, se dedicó á la crianza y conduccion de ganado bravo para las diversas plazas de provincias, especialmente de Andalucía y Extremadura.

Establecido en Sevilla y jefe de una numerosa familia, falleció escaso de recursos aquel hombre que en su niñez disfrutara de la buena y desahogada posicion en que le criaron sus padres y que quizá perdió por su loca afición al arte taurino.

MANUEL GUZMAN.

Hubo á fines del pasado siglo un torero de á caballo que así se llamó y no de escasa reputacion en su arte: sin que sepamos cuál fuese su pátria, nos consta que su mérito le hizo alternar con los más renombrados de su época, y en la temporada de 1799, que en Madrid fueron espadas Romero é *Hillo*, picó acompañado de Manuel Jimenez, Juan Lopez, Sebastian Rueda, Pedro Puyana y otros, ganando la suma de 800 rs. por mañana y otra igual por la tarde.

En 1830 otro sevillano de igual nombre y apellido recorría las plazas andaluzas con las cuadrillas de Leon, Guzman, Lucas y Yust, fijándose en la de *Cúchares*, hasta que concedida la alternativa á su hermano Manolo,

con él permaneció muchos años. En 1851 hizo la temporada en la corte, volviendo más tarde con aquel espada retirándose últimamente á Sevilla, su pátria, al barrio de San Bernardo, donde aun vive, recordando aquellos tiempos de su juventud tan prósperos para las lides.

No sabemos á qué torero se referirá el Sr. Neira al hablar de los de este nombre, pues sus noticias á ninguno cuadran ni son nada exactas ni precisas, conociéndose la carencia de datos en este punto como en otros.

CRISTOBAL MARCHANTE.

Descendiente de los hermanos famosos toreros de á caballo de este nombre y de que en otro lugar hablamos, fué sin duda este, que alcanzó un buen nombre entre los de su tiempo comenzando en 1830. Tomó parte en la funcion del 26 de Mayo de 1831 con el espada Montañó el *Fraile* en la plaza de Sevilla, siendo nuevo en ella. Más tarde, en 15 de Mayo de 1836, con Leon, Lucas y Guzman, picando toros de Lesaca en union de Pinto y José Trigo; recorrió en union de todos los espadas de aquella época las plazas de España y especialmente en Andalucía fué muy conocido y estimado por su buen trabajo.

Picó últimamente en Cádiz en 1846 con los espadas Montes y *La Santera*, retirándose á Medina Sidonia, su país natal.

JUAN MANZANO (NILI).

En el período de tiempo que medió desde la creacion de la escuela sevillana al 1840 floreció y se distinguió este

diestro cuyas facultades y valor son proverbiales entre los aficionados de Andalucía. Toreaba bien de capa, saltaba con agilidad los toros con la garrocha, estoqueaba en plazas de segundo orden y llegó á realizar por apuesta lances temerarios con los toros.

Este hombre notable, que por su gran valor habia podido alcanzar un puesto en la lidia, jóven aun murió oscuro, efecto de su limitada inteligencia.

JOSE MANZANO (*Nili*).

Hijo de Juan y siendo muy jóven, recorrió diferentes plazas de América alcanzando aplausos y consiguiendo, amparado por la suerte, un pingüe premio de la lotería en la Habana; en 1855 volvió á España, alternó con los espadas Dominguez, *Pepete* y Ponce; fué herido en la plaza de Sevilla; toreó en las de Extremadura, Alicante, Barcelona y Córdoba. Mató en las novilladas de la córte los toros de puntas y volviendo á Sevilla en 1875 murió miserable y victima de los vicios, y de una vida desordenada, y combatida por las enfermedades y los remordimientos de haber malogrado sus facultades y sus bienes.

JAVIER CASO.

Este fué el apellido del banderillero, hermano solo de madre del espada Juan Pastor; la carrera de ambos comenzó en el apogeo de Juan Leon, casado con una hermana de éste, por cuya razon fueron incorporados á su cuadrilla, y más tarde, aquel, á la del discípulo predilecto del notable matador sevillano. Javier toreó en Madrid

repetidas temporadas, y especialmente la de 1849, en la que una muerte repentina privó á la cuadrilla de un compañero eficaz y á *Cúchares* de uno de sus más decididos defensores y deudos.

MANUEL ORTEGA (*LILLO*).

A principios del presente siglo hubo un picador notable de este apellido que se llamó Laureano y fué ascendiente del que nos ocupa.

Si en el toreo de á caballo conquistó aquel más lauros que veces vió impreso su hombre, éste no cede su gloria moderna ante la antigua de Laureano; banderillero el más querido de Redondo, lo fué tambien de *Cúchares* por muerte de aquel, porque su mérito y sus dotes fueron siempre para figurar en primera línea; torero fino, clásico, activo é inteligente, su nombre como su puesto estaba en cuadrillas de primer orden; por ello pues, en nuestro concepto, merecieron en el diccionario de *El Toreo* alguna extension más sus apuntes biográficos.

MANUEL CEBALLOS.

Picador de toros desde 1836, perteneció á las cuadrillas de Montes, Redondo y *Cúchares*, alternando con todos los mejores ginetes de aquella buena época para el arre y siendo buscado por todos los espadas de segundo orden; corrió todas las plazas de Andalucía con excelente aceptacion, siendo calificado de inteligente, ágil y buen caballista, y tomó parte por última vez en Algeciras con el alentado Antonio Gil en 1856.

Desde esa época vive consagrado á las contratas de caballos en todas las plazas de España, por cuyas empresas es buscado con empeño, atendida su superior inteligencia en este ramo y su excelente cumplimiento. Constituye además su simpático gracejo un tipo reconocido y de aceptación grata á los públicos que visita y aun á las autoridades cuyas órdenes acata.

MANUEL SANCHEZ (*EL PINTOR*).

Por los años de 1845 comenzó muy joven á distinguirse como lidiador fino é inteligente, hasta el punto de alcanzar la protección de personas de valía, entre otras del buen aficionado D. José Diaz, por cuya intercesión le llevó de segundo á Ecija en años sucesivos el *Barbero*, en cuyas corridas cumplió bien su cometido: más tarde trabajó en Sevilla, su patria, y muchas plazas de Extremadura y la Mancha, embarcándose para las de América donde permaneció 10 años; vuelto á Sevilla, su aparición en 1862 hizo concebir esperanzas de un nuevo adalid en el toreo, que como Dominguez trajese de lejanas tierras la animación y el estímulo para con los diestros que entonces figuraban.

Apadrinado en esta ocasión también por inteligentes y entusiastas aficionados, bien pronto debieron convenirse que aquél hombre había pasado para el arte y sus paisanos, como los públicos de Córdoba y Ciudad-Real le demostraron por unánime opinión que no era el ídolo de sus simpatías, el que precedido de una falsa reputación, burlaba sus esperanzas; lección tan dura le hizo forzosamente retirarse de España y volver á embarcarse, ignorando si falleció.

RICARDO OSED.

En la época que el público de Sevilla aplaudía en novilladas el mérito y la decidida afición de Cirineo y *Jaqueta* en aquellas memorables fiestas de 1865 en que más interés inspiraban los jóvenes principiantes, porque eran esperanzas para el porvenir, comenzó también á distinguirse éste, que sin saber por cuál razón llamaron *el Madrileño*.

No se daba mal arte en el manejo de la muleta; así que en corridas de provincias ayudaba á estoquear á los espadas andaluces, de quienes alcanzó decidida protección, muy especial del infortunado *Tato*.

El 25 de Julio de 1868 fué contratado en Córdoba, donde mató una novillada con gran dificultad por hallarse sufriendo una relajacion de los tejidos de la pierna derecha y habiendo asistido á otra novillada á los pocos dias al pueblo de Ronquillo (Sevilla) con igual dolencia, fué cogido y muerto por un toro de los que debia estoquear; llamábase el toro que ocasionó esta desgracia *Traidor*, y era de una casta poco conocida, de los que se echan generalmente en funciones de esta clase.

DON MANUEL REAL.

Quando por falta de datos, sobra de cansancio ú otra razon, se habla con despreciativo laconismo de personas que han merecido consideracion, es fácil, como en el presente caso, herir susceptibilidades y aparecer poco corteses para con el que no merece ser tratado así y mé-

nos si tal desfavorable juicio ha de quedar consignado en obra impresa.

La persona cuyo nombre encabeza este apunte es un aficionado distinguido que siempre lidió por afición, nunca retribuido, porque su posición en la sociedad es muy ventajosa por fortuna suya: Empezó haciéndose aplaudir en unas fiestas dadas en la ciudad de Cabra, su país natal, por los años de 1862 y siguientes, en unión de otros cordobeses, y allí como en Cádiz donde más tarde residió, su loca afición y propicias dotes le hicieron llamar en mil ocasiones la atención de los inteligentes. Entre otras tomó parte con su compañero Barca en una novillada que se verificó en aquella plaza en Diciembre de 1869, también unidos con sus amigos los aficionados de Córdoba, de cuya fiesta hizo una notable revista en verso el festivo escritor conocido por Anton Perulero. Más tarde su vehemente afición le hizo tomar parte como banderillero en corridas de toros, adquiriendo así su trabajo un carácter de formalidad en relación al riesgo que en tales lances corría.

Para relacionar la parte que tomó alternando con un espada de nota, comenzaremos por copiar el anuncio de la función que decía así:

«Plaza de toros de Cádiz.—Grande y extraordinaria
 »corrida que tendrá lugar la tarde del domingo 6 de
 »Julio de 1873. Los oficiales del batallón de artillería de
 »plaza de voluntarios de la República, con el fin de aten-
 »der lo más pronto posible á uniformar los individuos
 »que componen dicho cuerpo, han determinado celebrar
 »una corrida de toros de la acreditada ganadería de don
 »Vicente Romero, de Jerez, que serán lidiados por el
 »aplaudido simpático diestro Antonio Carmona (el *Gor-*
 »*dito*) y el notable aficionado Manuel Real, que invitado

»por una comision nombrada al efecto, se ha prestado »gustoso y desinteresadamente á tomar parte en el es- »pectáculo, confiando en la indulgencia del público.» La comision al demostrar su agradecimiento al ciudadano Real, lo hace extensivo al espada Carmona por haber accedido á matar alternando con dicho aficionado.

En estas condiciones excepcionales se presentó quien el diccionario del Sr. Neira califica, entre puntos suspensivos, y quien cediendo á instancias reiteradas de sus apasionados, al complacerlos, probó suficientemente su corazon, colocándose á una altura que no puede comprender aquel que en nuestro espectáculo nacional, es decir, en funciones de toros, lo único que ha hecho, con más ó ménos acierto, es dejar correr la pluma.

Poco despues de esa época se trasladó Real al pueblo de Cabra, donde vive disfrutando una buena y cómoda posicion social, al cuidado de sus intereses, lo que no es incompatible con satisfacer su aficion favorita. Tal es la razon que ha impedido al Sr. Neira saber en tantos años qué fuera de él, y sin embargo, no debiera ignorar lo que dijeron los periódicos taurinos cuando el 18 de Setiembre de 1878, á peticion del público, estoqueó un novillo en la plaza de Cabra, con el lucimiento y habilidad con que siempre practicó tal suerte.

Con lo escrito, puede ver el Sr. Neira cuán desacertado estuvo al redactar los tres renglones de la página 496 de su obra; sirva tambien de satisfaccion al Sr. Real la rectificacion que hacemos, fundados en un principio de justicia, y no ménos en la buena amistad que siempre le profesamos, y seguros estamos que el autor de *El Torero*, sentirá ahora doblemente el haber dejado sin datos verídicos correr insensiblemente su pluma.

CONCLUSION.

Vamos á dar fin con breves palabras al exámen crítico del libro del Sr. Neira, pasando por alto ciertas equivocaciones, que á muchos pueden parecer nimiedades, pero que realmente no lo son, cuando los nombres de lidiadores conocidos están equivocados ó cuando se desconoce el fin que en su carrera taurina tuvieron; en tal caso se hallan José Fabre, picador notable que, despues de 1840, toreando en Granada con el espada *el Barbero*, sufrió la fractura del brazo derecho, y como consecuencia, la amputacion de él, quedando inútil para la lidia. José Caito, que en la plaza de Cádiz sufrió una cornada sobre el cráneo, de cuyas resultas falleció hace unos diez años, dejando buen recuerdo entre los aficionados, pues era picador de grandes simpatías para con sus paisanos. José Hernandez Vazquez (*Chamusquino*), que picó en la cnadrilla del *Tato*, y que, retirado antes de la inutilidad de aquél, vive aún en su país natal. Manuel Lopez (*Pesetas*), animoso cordobés y buen torero de á pié y de á caballo. Francisco Espeleta, notable banderillero de otros tiempos, y que aun en el último verano ha tomado parte en Cádiz, en la funcion del 8 de Agosto.

Si de este punto pasamos á otro más importante y de indole bien diversa, hemos de examinar si el autor de la obra *El Toreo*, tuvo por objeto en la parte que dedica al gran Diccionario, aumentar notablemente sus páginas con la insercion en ellas de personas, que lejos de la profesion taurina, tuviesen alguna relacion aunque remota con ella; siendo así, lo ha conseguido en alta escala, puesto que los que consagraron sus cálculos, su talento,

su afición ó sus ratos de ocio al espectáculo nacional, figuran biografiados con muy extensos detalles, y nosotros dejamos á la consideracion del lector, juzgar la conveniencia de tal proceder.

Hecha una minuciosa estadística de los inscritos, á nuestro parecer indebidamente, en este libro, hallamos primeramente todos los arquitectos, bajo cuya direccion se construyeron los circos antiguos y modernos, los literatos, los artistas en pintura, escultura, etc., que son más ó ménos conocidos, contándose, como es natural, entre los primeros á Goya, Madrazo y Mengs, componiendo entre todos el número de 50.

Los escritores de que habla el Sr. Neira, en número de 68, están precedidos en este recuento por respetables nombres de autoridad literaria. Tales son: Cervantes, Quevedo, Campmany y Zorrilla.

Más justificada la colocacion de los nombres de los caballeros que han tomado parte en el espectáculo, los hace subir al número de 70, contando entre los principales á Médicis, Carlos V, Felipe IV y el Cid, Muza y Zulema, personajes estos de identidad difícil, por lo ménos, sino imposible de comprobar su existencia, ó por lo ménos la época en que hubieron de lidiar con toros bravos.

Pero es el caso que todos estos nombres sumados arrojan un total de 188 biografías más ó ménos extensas, más ó ménos sabidas de todo español y evidentemente poco esperadas del que tome en sus manos un diccionario de *Toreros*. Insistimos en afirmar lo conveniente que habrá sido tal ingerencia para aumentar páginas, pero poco bajo el punto de vista de la curiosidad, referente al toreo de hoy especialmente de á pié, el que más necesita enriquecerse con datos que habian de ser objeto de predilección luminosa.

RETRATOS Y ESTAMPAS.

Si condiciones precisas de exactitud y verdad concienzuda debe tener una obra de las pretensiones del libro que nos ocupa, no ha de ser menor el esmero que ha de manifestar el editor de ella para ilustrarla convenientemente, porque llenando aquellas mismas circunstancias satisfacen también curiosidades y exigencias legítimas.

No se ha cumplido tampoco en el libro del Sr. Neira con tal requisito como habremos de evidenciar: desde luego y cuando se acompañan retratos, parece natural que se diga «tomado del original que se encuentra en tal museo, ó que posee tal particular, etc.,» y claro es que no diciéndose así, los retratos repartidos deben suponerse hechos á gusto del dibujante, y así hijos de una fecunda fantasía y no más. Hablamos, como se podrá comprender, de los toreros que pertenecieron á la infancia del arte, y por tanto el primero que llamó nuestra peculiar atención, fué el de Francisco Romero. ¡Qué hallazgo! Un retrato y con traje de lidiador es mucho, pero no equivale al de la fé de nacimiento de aquel.

Y desde luego se advierte que todo él está formado al capricho; pues así lo revelan los anacronismos que se cometieron al dibujar el traje y adornos de botones afiligranados, objeto que nunca entró en el traje de lidiador español.

Extraño es, por lo demás, haberle presentado con tal vestido, cuando escritores antiguos recomendaron el traje que habian de usar los que realizaran la suerte llamada de la ley y que al marcarlo era sin duda porque así lo usaron los de épocas coetáneas y más los de las anteriores.

Sigue luego el de Costillares, lámina que por lo rara merece llamar la atención de los que conozcan los tipos andaluces del siglo pasado. Creemos poder asegurar que si no es invención fantástica, el dibujante se ha inspirado en la efigie de la *Pajuelera*, mujer varonil, de las que Goya colocó en su colección de la *Tauromáquia*.

Y decimos esto, porque el retrato de Pedro Romero

lo creemos tomado de la estampa en que le colocó aquel pintor matando á toro parado; como el de Hillo, del que aparece al frente de la Tauromáquia impresa en Cádiz en 1796, aunque corregido y aumentado de tamaño. Ignorando de dónde salió el de José Romero, concluimos por decir que ninguno es verdadero, ni aun digno de figurar en colecciones menos pretenciosas.

Hay otra lámina en la página 430 cuyo epigrafe explicativo dice: «Pase cambiado forzado despues del natural con la derecha.» Cualquiera que vea la posicion del diestro, la manera como está colocado y la espada cojida con la mano izquierda, habrá de afirmar que quien tal ha hecho ignora por completo los rudimentos del arte tau-rino, y nosotros, que es incomprensible cómo la tal lámina está hecha por un español (pues así aparece de la firma) y cómo ha consentido el autor de la obra su colocacion en ella: jamás habrán visto uno ni otro en plaza semejante pase, jamás torero alguno habrá cambiado el estoque de mano, y jamás, por último, habríamos podido presumir que tal absurdo saliera de una litografía de la córte.

¡A qué esforzar nuestro argumentos! De ningun modo es comprensible la suerte que ha querido indicarse, y por tanto lo inverosímil de ella nos revela de hablar más sobre tal lámina.

No opinamos del mismo modo en cuanto á los retratos cromos de los tres espadas contratados en la córte durante la última temporada; pues son muy superiores á todos los que en nuestro tiempo se han hecho, porque reunen la verdad, el parecido y una magistral ejecucion en los adornos y ropas que, unido al verdadero carácter típico que contienen cada uno de por sí, les hace dignos de figurar al lado de lo mejor que se haya hecho en este género.

Nos congratulamos al poder terminar nuestro trabajo dando estos sinceros placeres, que hubiéramos querido prodigar en todos los detalles de la obra que nos ocupa. Y si nuestra censura fué á veces dura y acre, nos impulsó á ello solo nuestro buen deseo, la aspiracion legítima de que se consigne la verdad histórica, porque en

ello sólo hallamos el atractivo que debe tener un libro de la índole de *El Toreo*.

Después de escrito el precedente artículo, y á virtud de indicacion hecha al Sr. Sanchez de Neira, debimos á la galantería de éste una copia del romance de Lizarre, escrito en loor de Cándido.

Al mismo tiempo tuvimos autorizacion plena para darlo á la imprenta si así convenia al plan trazado de nuestra obra; agradecemos tanto semejante deferencia, que no podemos dejar de manifestar y hacer público cuanto nuestra alma siente.

Córdoba y Noviembre de 1880.

JOSÉ PEREZ DE GUZMAN.

CONTESTACION DEL AUTOR DE «EL TOREO»

Á LA CRÍTICA QUE ANTECEDE.

He dudado mucho, Sr. D. José Perez de Guzman, antes de decidirme á contestar á su anterior folleto, que titula apéndice y rectificacion; y que no es lo uno ni lo otro; pero me creo obligado á dar á V. gracias por haber dedicado su atencion al exámen de mi libro, y me parece muy conveniente que no pasen desapercibidas insidiosas palabras que podrian tomarse como ofensivas al decoro del escritor. Por eso he acudido á la bondad del señor director del BOLETIN DE LOTERIAS Y DE TOROS, periódico al que soy completamente extraño, suplicándole el espacio de unas cuantas páginas que sean continuacion de las que V. ha estampado. Así juntas y no separadas verán el aficionado y el escritor imparcial y desapasionadamente, el cargo y la data á un mismo tiempo.

Mucho dejaré por decir, para no abusar de la bondad del público, á quien segun mi opinion, cuando no se le enseña algo nuevo, se le cansa; y ahora, con su folletito de V. y mi contestacion me temo ha de quedar poco menos que aburrido por mucha aficion que le supongamos á la tauromáquia.

Pero en fin, aunque yo tenga parte en la culpa, conste que el principal pecador es V. que me ha provocado.

Porque el público ¿qué vá á saber?

Sabrá porque V. se lo ha dicho, que ha habido una docena de ganaderias, y otra de toreros, además de los que *El Toreo* comprende, cosa que á mi modo de ver le tendrá sin cuidado: y sabrá tambien, porque yo lo afirmo, y en ello digo verdad y V. lo sabe, que mi obra no está tomada de la Historia de Bedoya, ni de los Anales de Velazquez, que no he arrancado de ningun libro, y eso que he tenido á la vista muchísimos ignorados por V., nada de lo que contienen, lo cual se comprueba con solo leer unos y otros: y que para escribir el mio, he acudido *antes de que V. lo dijera*, á los manantiales copiosos que V. indica.

¿Y qué? dirá el público encogiéndose de hombros.

Pues nada; replicaré. Que en este mundo, hay hombres que creen indispensable su concurso para todo aquello en que suponen ser inteligentes; y hay tambien otros, poco modestos, y de estos soy yo, que opinan debe agradecerse mucho aquel concurso, pero que no debe dársele más valor ni importancia que los que realmente tienen.

Que yo, como todo escritor que trata de materias de antemano apreciadas, he tenido á la vista dichos libros y otros papeles, noticias, referencias y datos, es indudable, puesto que los cito, y en mi produccion los men-

ciono, siempre que de ellos digo algo, necesario al objeto que me propuse: pero ¿esto es apropiarse lo ajeno? ¿hay algun autor en el mundo que no haga suyas ideas, frases y hasta párrafos enteros de obras que hayan tratado del mismo asunto que de aquel en que se ocupe? ¿no quiere V. que acuda á los *manantiales* y á las demás cosas que dice? Pues entonces ¿por qué se contradice? Fácilmente se comprende. El público lo entenderá bien al leer lo que escribimos: yo ya lo he entendido.

Pero hay mucho, muchísimo en *El Toreo*, que nadie ha dicho antes que yo, y claro es que para yo saberlo, me ha sido forzoso presenciario y estudiarlo, ó al ménos oirlo á personas veraces y bien informadas.

Distinguidos aficionados, notables ganaderos, escritores, artistas y hombres de ciencia y de todas las clases sociales, residentes en Madrid, Sevilla, Málaga, Barcelona, Navarra, Zaragoza, Valencia, Almeria y otros muchísimos puntos de la Península, me han honrado con sus noticias, tomándose un interes por mi obra, que ciertamente no merezco. Y todos con notable cariño y entusiasmo, sin envidia y sin abrigar en su pecho malas pasiones, antes bien rivalizando en el deseo del mejor acierto. Sólo en Córdoba encontré poco apoyo á pesar de haberle buscado por conducto de personas amigas de V...

Tambien ha habido centros oficiales que me han suministrado noticias raras é ignoradas para la generalidad del público; y sólo así se comprende que mi libro contenga datos que *ninguno* de los de tauromaquia escrito antes que él, ha incluido en sus páginas.

Y sino, santo varon, venga V. acá y oiga y conteste como Dios manda.

¿Ha visto V. en algun libro de los citados por V. ni

en otros, una tan extensa relacion del origen de ganaderías, como la que yo doy en mi obra?

¿Ha leído V. en alguna parte una noticia tan amplia de los colores de divisas que han usado y usan las más conocidas antes y ahora, con expresion de la vecindad de los ganaderos, como la que he incluido en ella?

¿En qué publicacion, Sr. D. José, ha encontrado V. tan gran número de hierros ó marcas como yo he coleccionado?

La descripcion y cita histórica de cuantas funciones reales se han celebrado en España desde hace ocho siglos ¿la ha visto, Sr. Perez, compendiada en alguna otra obra que en la mia? ¿No merece nada este trabajo que representa muchos dias de estudio de crónicas, historias y papeles sueltos que unos no han visto la luz pública y otros yacen ignorados en archivos y bibliotecas?

Y la historia de las principales plazas de toros con los detalles de su construccion, antigüedad, etc., ¿la ha dado alguien, Sr. Guzman, en otro libro con la extension que yo?

Y la infinidad de fechas, de sucesos célebres, nacimientos ó defunciones de toreros ó artistas, que contiene mi Diccionario, ¿dónde la ha visto V., Sr. D. José Perez de Guzman?

¡Válganos nuestro patron San José, qué poca memoria conserva V. de los libros que ha leído!

A pesar de su mucha aficion y de su constante anhelo por coleccionar datos taurómacos, es seguro, segurísimo, que no ha visto V. nunca reunidos tantos, tan variados, ni tan detallados como los que yo le he dado en mi libro. Y cuenta que contra lo que sin fundamento, y no quiero suponer con malicia, asegura V. que *todos*, absolutamente todos, los datos y noticias que mi libro

contiene, son completamente exactos y verdaderos.

Podrá tal vez suceder, y esto no tendrá nada de extraño, que alguna apreciacion sobre el mérito de determinado lidiador no sea del agrado de éste ó de sus partidarios: que alguno de mis favorecedores de Madrid y Provincias, á quienes nunca pagaré bastante los encomios que de mi obra han hecho, haya equivocado alguna fecha, y aunque á mí mismo me haya ocurrido otro tanto; pero permítame V., amable censor, que lo dude cuando ménos.

En primer lugar, V. con la buena intencion que en su folleto patentiza, no hubiera dejado pasar dichos errores, y habria hecho muy bien; y en segundo, los muchísimos lectores de *El Toreo* me hubieran llamado la atencion para rectificarlos y así estaria ejecutado, antes de concluir la publicacion, como en un solo caso lo he hecho dando prueba de imparcialidad.

Quéjase V., mi buen crítico, de que al hacer historia en mi libro del origen de las lidias de toros, no he citado en apoyo de mi opinion más autores que Moratin, y dice al mismo tiempo, que en los Anales hay respecto de este punto toda la ilustracion necesaria al objeto, añadiendo, que hecha esta manifestacion, se comprenderá fácilmente la comodidad con que ha podido tratar el asunto sin datos nuevos que añadir, etc., y voy á contestar, para que no se queje, con pocas palabras.

No he querido citar los nombres de los autores que Velazquez menciona en su obra, si bien los incluyo en mi Diccionario, porque no vinieran hombres como V. y otros, diciendo que los habia yo copiado, y porque al fin que yo me propuse, bastaba con lo por mí afirmado; y tanto es suficiente, que no sólo no lo contradice V., sino que está conforme con lo que yo digo. Además, ¿á qué

conduce hacer alarde de una erudicion que no se tiene? Cuando se sustentan opiniones contrarias por diferentes autores, entonces deben buscarse citas de apoyo para la afirmacion que cada uno haga; pero si aqui estamos todos conformes; si V., apoyando mi dicho, duda que empezasen las corridas de toros en el año 1100, ¿para qué hemos de esforzarnos en probarlo más de lo que lo hacemos? Si algun nuevo escritor nos sale al encuentro diciendo lo contrario, entonces le abrumaremos con citas y datos históricos, pero hoy ¿á qué fatigar la imaginacion de nuestros alegres aficionados con textos latinos y voces anticuadas? De todos modos, hijo mio, no sé como entenderle á V.; si hubiera citado lo que Velazquez y otros han dicho, sería reprehensible, porque pareceria plagio, y como V. dice, arrancado á otros; y porque no lo he citado, no le he dado á V. gusto... pues prefiero esto; ¿qué quiere V.? Soy así yo.

Respecto de los apuntes que de hombres prácticos en el toreo y de toreros de profesion hace V., nada tengo que decir. Casi todos van incluidos en mi Diccionario, y si alguno falta, explicada está la razon en el prólogo del mismo; con que pasemos adelante, y no discutamos la oportunidad de copiar carteles y romances que queria V. hubiese yo insertado en mi libro. No soy de su misma opinion en esta ni en otras cosas; creo que hubiera sido engañar al público darle copias de carteles y poesias, sin haberle prevenido que la obra comprenderia una coleccion de documentos interesantes. Tal vez, si tengo tiempo y mis ocupaciones lo permiten, publique más adelante un libro de la indole expresada, para lo cual contaré con el concurso de especiales coleccionadores que poseen verdaderas alhajas antiguas y modernas de dicha clase.

Vaya V. preparando para entonces un folletito.

Quedan contestadas con las cuatro palabras que anteceden, expuestas con más espontaneidad que orden y con ménos cuidado que conviccion, las que V. me dirige encabezando su folleto, que si más dijera, sería apéndice, y si más rectificase, sería rectificacion.

Pasemos ya á las biografías, con cuyo preámbulo estoy enteramente conforme. ¿Y cómo no estálo, si precisamente en él no dice V. nada nuevo, ni marca para escribirla otro derrotero que el que yo he seguido en mi libro?

Sin embargo, bueno será hacer alguna observacion, para que se vea que por lo que á mí toca, no me las trago todas, como vulgarmente se dice.

Sé muy bien, que no se refiere á *El Toreo* aquello de hacer de la biografía fábula increíble de lo remoto, ó memorial rastrero de adulacion servil, porque nada de esto cuadra á las que he escrito: y supongo al mismo tiempo que por sí mismo no lo dirá V. refiriéndose á las que incluyó en su librito de *Toreros Cordobeses*, porque aun cuando parecen un poquito parciales ó aduladoras, yo las disculpo tratándose de paisanos de V., á los cuales hace bien considerarlos con atencion y figura, especialmente á algunos de ellos que lo merecen.

«Que desde Madrid, no era bastante el empeño de una persona para lograr el fin deseado, como lo demuestra la redaccion del último libro, etc.»

¡Hombre! ¡hombre! párese V. que lleva mal camino. ¿Qué ha querido V. decir? ¿Sin duda que desde Córdoba era más fácil adquirir datos que desde la córte? ¿Suministra más y mejores una capital donde no acuden siempre los mejores lidiadores, á las pocas corridas que en ella tienen lugar, que los que dá Madrid, centro de lo mejor y más florido del arte?

Hagamos en esto punto, por bien de V., y dejémosle aplaudir sin reserva el libro del Sr. Velazquez. Yo le aplaudo tambien, y en mi obra lo hago constar, en en cuanto en sí vale; pero dice mucho más el mio, y eso que no le conceptuo como obra completa. No tengo el defecto de la vanidad y los que me conocen lo saben bien; pero insisto en decir con infinitos aficionados de Madrid y provincias (inclusa Córdoba), que por escrito me han felicitado, «que comprendiendo, no sólo cuanto los demás libros de tauromaquia contienen, sino muchísimo más que no ha visto la luz pública, forzosamente he de considerar el mio como el más extenso y completo de cuantos hasta ahora se han escrito sobre el arte de torear y sus incidencias.»

Confíeselo V. así, buen Guzman, y escriba otra obra que mejore la mia, á fin de que no sea esta la mejor de las publicadas como lo es hoy por hoy.

Y vamos adelante.

FRANCISCO ROMERO.

Nada dice V. de este lidiador que no haya expresado yo en mi libro, y sin embargo, critica V. el que no he suministrado datos de que no tuviera V. conocimiento, añadiendo que he fabricado una fabulosa relacion como la de un novelista para afirmar lo que todos antes que yo han referido. ¡Por vida del santo Job, Sr. D. José Perez de Guzman, qué paciencia se necesita para oírle á usted con calma! Si yo no he conocido ni V. tampoco al buen Romero, ¿cómo hemos de saber su vida más que por lo que otros han dicho antes? Si V. la sabia ya, ¿queria usted que por esto sólo no la hubiera incluido en mi libro

Pues qué, ¿supone V. que para V. solo está escrito? Y si yo no he dicho más que lo que dijeron mis antecesores, ¿quiénes serán los autores de la fábula? Piense V. bien lo que dice, medite despacio lo que lea, y no la eche de maestro sin más apoyo que la honrada palabra. Precisamente al hablar de Romero, expongo cuantas dudas hay acerca de su origen y vicisitudes y hago observaciones (no fábulas, ¿eh?) que nadie ha hecho, porque todos han dejado correr sin comentar las noticias que tenían. Sostengo sin embargo, porque así lo dijo en 1792 un apologista de las fiestas de toros que dedicó su escrito á Pedro Romero, que al abuelo de éste, Francisco, se debe el feliz invento de la muletilla, y en este y otros datos, me apoyo para asegurarlo.

Me aparto tambien, segun V., en que afirma mi libro que Romero fué zapatero, al par que todos los biógrafos que me han precedido aseguraron que fué carpintero. Desgraciadillo está V., Sr. Guzman. Los Anales no dicen cuál fué el oficio de nuestro lidiador, pero el señor Sicilia, distinguido biógrafo, expresa que tiró la lezna y los zapatos y tomó el estoque; y como yo no he visto usar á los carpinteros lezna, ¿qué quiere V.? he creido que habia sido zapatero. ¡Cuidado que es gana de zaherir sin fundamento!

Usted si que ha ido más allá de lo que prudentemente podia.

JOSÉ CÁNDIDO.

Veamos si con este famoso torero ha estado V. más afortunado que con el anterior. Es decir, examinemos si sus conatos de rectificacion tienen respecto de él me-

por base ó si continúa V. hablando por solo el gusto de decir algo.

Al mencionar V. á José Cándido, mi apreciable don José, se esfuerza en decir que éste no fué inventor del salto de testuz, niega la existencia de semejante suerte, y quiere demostrar que entre la biografía y el Diccionario hay contradicción: y sin embargo, sigo atribuyendo á Cándido la invención referida, creo en la existencia de la suerte y pienso que no me he contradicho en nada.

Y me fundo en varios datos.

Yo he visto; y conmigo otros aficionados, en el estudio de un distinguido pintor de historia, una lámina, entre las muchas que tuvo la finísima atención de enseñarnos y poner á mi disposición, en que está grabado José Cándido ejecutando dicha suerte; y pintándola en tres tiempos, fija en el 1.º al hombre *escotero* frente al toro llamando á este la atención; en el 2.º saltando y *apoyando* el pié derecho en el testuz; y en el 3.º y último colocado ya á espaldas del toro con los brazos cruzados. Pues, bien; esta lámina que enseña la existencia de la suerte referida, tiene el siguiente letrero: «Josef Candido, inventor del famoso salto de testuz», y luego más abajo dice: «1.º, prepárase á saltar; 2.º, salto de testuz; 3.º, fin de la suerte.»

Pero si este no fuera bastante dato, V. en un momento de descuido, me le proporciona en su crítica, al referirme la tradición de que un diestro hizo la tal suerte, aunque le costó la vida repetirla en una plaza de Andalucía y en presencia de los Reyes. Podrá en esta tradición, que no he oído á nadie más que á V., haber exageración, pero si ambos datos no constituyen prueba plena, permítame V. que le diga, Sr. D. José, que son suficientes indicios para que se tomen como base en una biogra-

fía, y para que contra la opinion de V. crea yo en la existencia de la suerte, y á Cándido inventor de la misma, y no á su maestro Lorencillo; porque todos sabemos que en todas las ciencias y artes hay muchos discipulos que aventajan á los que les enseñaron. Es una ley del progreso de la inteligencia humana, que nadie puede apreciar mejor que V. y que yo, puesto que ya no somos niños.

Demostrada la existencia de la suerte y que Cándido fué su inventor en mi concepto, opinion que apoyo en algo y V. en nada lo contraría, pasemos á ver la supuesta contradiccion entre el biógrafo y el autor del Diccionario. Nada más fácil que en un libro que tanta multitud de datos contiene y cuya extension es más grande de la que me propuse al principio de su publicacion, hubiese algun concepto equivocado, por cuya correccion tuviese que dar á V., benévolo amigo, las gracias; pero, en el caso que V. apunta, perdóneme, no hay de qué.

En la biografía de Cándido y en lo que llevo escrito ahora afirmo, por mi cuenta, digámoslo así, apoyado en los datos referidos, que él fué el inventor del salto de testuz, y en el Diccionario, al hablar de Lorenzo Manuel, manifesté que era un matador, *á quien se atribuye*, entiéndase bien, la invencion de dicho salto. Es decir, que yo no se le atribuyo, porque no hay noticia alguna de que le efectuase; pero sí refiero lo que otros como V. piensan acerca de ello, puesto que ellos y usted dicen que si Lorencillo fué efectivamente maestro de Cándido, no puede sostenerse ni por un momento que este tuviera la gloria de la invencion. Proposicion absurda que estoy seguro le duele á V. haber estampado. Por esta razon no insisto en decir que los discipulos de hoy en todas las ciencias han adelantado más que los maes-

tros de antes, sin que yo quite á aquellos su mérito, que grande le hay en crear, más que en perfeccionar lo creado.

Paso por alto la honrada rectificacion que V. mismo se hace al final de la refutacion de la biografía de Cándido; pero no puedo hacer otro tanto respecto de la poesía que en elogio de tan notable diestro sabe V. que tengo en mi poder. Y digo que V. lo sabe, porque *muchos meses* antes de que V. enviase á Madrid el original de su precedente folletito habia yo tenido el gusto de enviarle una copia por conducto de un pariente suyo, á petición por escrito de V., y V. mismo, pasado bastante tiempo, me acusó de ella recibo. ¿Por qué ocultar esto á sabiendas? ¿Es esto buena fé? ¿Hay paridad entre esta conducta y la mia, que sin tener el gusto de conocerle, á su primera indicacion le contesto remitiéndole la copia referida, y V. no se dignó, teniéndolos, suministrar dato alguno (que por fortuna no han hecho falta) para mi obra? De nada sirve, aunque agradezco sus buenas frases, la postdata ó nota final de su anterior escrito en que dice haber recibido la poesía mencionada, porque no es ese el sitio en que ha debido V. decirlo, sino en la página 28 para que el lector no dudase, como V. le hace dudar, de la existencia en mi poder de aquel documento, que repito tenia V. por copia *muchos meses* antes de enviar á la imprenta sus cuartillas, y por lo tanto con la suficiente anticipacion para incluir su relato en donde debiera. ¿A qué atribuir esta conducta ménos leal de la que V. acostumbra á usar con todos? No me lo explico, y aparte de mí la idea que gentes de por aquí mal intencionadas, sin duda alguna, me sugieren. En pechos nobles como el de V. nõ cabe ruin pasion, y estos infelices la suponen sin fundamento. Déjelos á solas con su conciencia.

JOSÉ DELGADO (*HILLO*).

Al hablar de este célebre diestro le veo á V. razonando sin pasion y con mucho comedimiento. Supongo sea debido á que nada altera de lo que yo he dicho de cuenta propia, y á que todas las rectificaciones van dirigidas al autor de *Los Anales*. Cuando V. escribió su acostumbrada referencia á la obra del Sr. Velazquez, debió allí haber dicho lo que ahora le ha ocurrido, y hubiera evitado que los que no lean con cuidado, supongan en mí faltas que son de otro. Conste, sin embargo, que yo he sido el primero que ha llamado la atencion acerca de la edad de Pepe *Hillo* y de otros pormenores, que contiene su biografía y la de Pedro Romero.

ANTONIO LEMUS.—*Manuel Guzman*.—*Cristóbal Marchante*.—*Juan Manzano*.—*José Manzano*.—*Manuel Ortega*.—*Manuel Ceballos*.—*Manuel Sanchez y D. Manuel Real*, van incluidos en los apuntes de V. y tambien en mi Diccionario. De unos dá V. algun detalle más que yo, de otros doy yo alguno más que V., pero ni las palabras de usted ni las mias discrepan absolutamente lo bastante para que el lector pueda suponer que los nombrados por usted son distintos toreros que los por mí citados; y siendo esto así, me parece tiempo perdido el que ha empleado V. dejando volar su pluma para tan pueril alarde de erudicion.

En una cosa tiene V. razonado fundamento, en la de no haberme acordado del entendido banderillero Javier Caso, ni del desgraciado Ricardo Osed. Sírvame de disculpa ó descargo la circunstancia de que no es difícil olvidar un par de nombres cuando hay que contarlos entre setecientos.

De esta falta, á pesar de todo, no se incomoda V. tanto (y debia incomodarse porque el caso valía mucho) como por lo que digo de su amigo D. Manuel Real, ó mejor dicho, por lo que dejo de expresar. ¡Caramba, Sr. D. José, cómo se enfada V.! Siento haberle causado mal rato, pero de seguro ya se le habrá pasado. El tiempo y la reflexion sirven de mucho. ¿Qué he dicho yo poco cortés de dicho señor que pueda herir su exquisita susceptibilidad? Veámoslo, irritado Guzman, y tranquilícese V. que yo nunca digo más que lo que quiero decir, lo que digo lo sostengo, y lo que sostengo siempre es la verdad, sin ofender á nadie en lo más mínimo. Respeto mucho á todos los hombres para que tengan el deber de respetarme.

Esprésé en la página 496 del segundo tomo, que dicho Sr. Real mató alternando con el *Gordito* en Cádiz, luego en novilladas y despues... ni una palabra se ha vuelto á oír de él. ¿Qué hay aquí de ofensivo? ¿Qué hay de despreciativo? Vive Dios que ó yo no entiendo el castellano, ó V. no sabe lo que dice. ¿De cuándo acá, buen señor, hay desprecio, ofensa ni falta de cortesía en ignorar el paradero de un lidiador y decir ingenuamente que no se ha vuelto á saber de él? ¿He dicho algo que no sea verdad en lo que al Sr. Real se refiere? No, porque V. mismo al defenderle dice lo mismo que yo exactamente: que alternó con el *Gordito* y que habia toreado antes en Cabra: ¡ah! y que mató un novillo en Córdoba el año 1878. Por S. Rafael, querido y estimado Sr. Perez de Guzman, y por todos los santos y santas de su devocion, yo le conjuro á V. para que con franqueza y formalidad, como cumple á hombres sérios, me diga si merecia la pena de escribir media docena de cuartillas y en ellas dejar *volar* su pluma, la nimia satisfaccion de de-

cir al público que Real ha trabajado siempre de valde y que cuida de sus intereses. Por muy loable que sea lo primero y por obligatorio que es á todos lo segundo, no queda justificado el ataque de V. que mucho me temo traduzcan algunos en desahogo de mal reprimido enojo y yo califico de parcial y apasionado. V. ha visto en el Sr. Real un amigo, yo no veo más que al lidiador en mi obra *ni debo ver más*.

Vamos á la conclusion, que ya es hora, y el lector debe estar harto de tan *pequeña* controversia. A un lado los tres ó cuatro nombres rebuscados por V., que nada significan para el conjunto del libro y sobre lo cual ya hemos hablado bastante. Pasemos como V. quiere á tratar de la oportunidad ó conveniencia de incluir en mi Diccionario los nombres de los que no siendo toreros han consagrado su talento á propagar y ensalzar las fiestas de toros.

En opinion de V. se hallan inscritos indebidamente en primer lugar todos los arquitectos bajo cuya direccion se han construido los circos antiguos y modernos, y vea V. lo que son las cosas, en esto como en todo, segun entiendo, pienso de distinto modo. Creo yo haber prestado un servicio de cierta importancia relatando la historia de las plazas de toros con todos los detalles de construccion, comodidad, capacidad, etc., fundándome en que no se habla nunca de fiestas importantes de cualesquier época, sean luchas de gladiadores, representaciones teatrales, festivales de toda clase y hasta de autos de fé, sin que se describa minuciosamente el local en que se celebran y celebraron, con la mayor riqueza de datos posibles, y no quiere V. que en un libro dedicado especialmente á referir cuanto á las fiestas de toros haga relacion, se incluya el nombre de los arquitectos.

tos que hicieron construir las plazas para la lidia.

No alcanzo la razon en que V. se funde para criticar la inclusion de los arquitectos y lo mismo digo de los pintores. ¿Ha podido V., ni nadie que sea medianamente ilustrado, ver y admirar una obra de arte, sin preguntar enseguida quién es el autor de ella? ¿Puede separarse la contemplacion de la una de la admiracion que por el otro se siente? Y si respeto y admiracion inspira el autor de un edificio, de un cuadro, de una escultura, ¿no debe el que de ellos hable suministrar á la historia cuantos apuntes biográficos y verdaderos pueda adquirir?

No quiero hacer á V. la ofensa de suponer que con estas apreciaciones no esté conforme; por bien de usted, deseo imaginarme que sólo la idea de rebuscar pelillos en mi libro le ha hecho decir una inconveniencia acerca de los profesores de bellas artes, cuyos nombres honran mi libro, como han honrado con privilegiado talento á la pátria que les dió el ser.

¿Y qué quiere V. que le diga de los escritores? Francamente, le aseguro, Sr. Perez de Guzman, que no parece haya salido de su pluma folleto más desgraciado por lo contradictorio; lo escaso de fundamento y lo incoherente de sus apreciaciones.

Indica V. al principio de él, que yo debiera haber citado á todos los autores que Velazquez cita en su obra, y cuando vé V. que hablo en mi Diccionario de aquellos y de muchos más hasta el número de 68, parécele que sus biografias han de ser poco esperadas del que tome en sus manos un diccionario de toreros. Esta depreciativa frase, á la que, á pesar de serlo, no quiero dar importancia, carece de todo, hasta de verdad. Equivoca V. lastimosamente el título, la índole y hasta la intencion de mi libro, explicados ámplia y clara-

mente en el prospecto y en el prólogo, y si V. no quiere saber lo que «tauromáquico» significa en la lengua castellana, hágame el favor de abrir el diccionario de la Academia y verá que no huelga en el mio voz alguna. Comprende, es verdad, casi todos los toreros que ha habido y hay hoy, y trabajoso ha sido mencionarlos, pero ocupan más páginas las demás materias de que trata, sin que ninguna de ellas sobre, antes bien me temo falte algo.

Esos 68 nombres de escritores que han hablado poco ó mucho, de cuanto á la lidia de toros se refiere, y otros, que por ser antagonistas de ella, he dejado de incluir, son aquellos *manantiales* á que queria V. hubiese yo recurrido, suponiendo que no los habia tenido presentes para escribir mi obra; y además de ellas, en oficinas públicas y archivos privados he encontrado *otros muchos manantiales*, que no me creo obligado á decir dónde se hallan, pero cuya existencia está comprobada por las citas que hago.

Es decir, que cuando ménos, he tenido que leer lo que han escrito 68 autores acerca de las corridas de toros; y los datos que estos suministran, no quiere V. que siquiera se les agradezcan, incluyendo sus nombres en el Diccionario. ¡Valiente lógica la del que se ofende por que no se habla largo y tendido de un aficionado, y critica se mencionen las obras de los que con su talento han contribuido á fomentar la afición al espectáculo nacional!

Concluyamos pronto; pero ya que nos hemos ocupado un rato de los que V. consideró errores, no dejemos en el tintero lo que V. ha olvidado de intento.

El estudio que ha hecho V. de mi libro ha sido indudablemente minucioso; pero parece que sólo ha tenido por objeto encontrar defectos, puesto que de los que así

califica, aunque no lo sean, únicamente se ocupa. Ha estado V. en su derecho al verificarlo, y no lo he de negar yo, que aprecio como nadie la buena crítica concienzuda, razonada y leal, sobre todo leal; pero permítame le haga observar que la crítica *no es apéndice*, y que para ser rectificación ha de enmendar ó corregir los conceptos, afirmaciones ó negaciones que se hagan, y como á V. en lo que duda le dejo demostrado que dudó sin fundamento, tengo para mí que *tampoco ha hecho rectificación*.

No es, pues, apéndice ni rectificación (y perdone usted lo repita muchas veces) lo que V. ha escrito, y gran trabajo le ha de costar sostener lo contrario. Llame usted á su folletito artículo crítico, y aunque no sea por completo le concederé el nombre.

¡Dichoso yo, sin embargo, cuando veo que sus censuras no alcanzan á puntos esencialísimos, tal vez los más importantes de la obra!

Esta es una señal incontrovertible, segurísima, de que no he padecido equivocación en asunto de mucha monta, como que constituye parte muy principal del propósito que me guió al escribir aquella.

Ni una palabra de crítica, ni la más ligera sombra de duda ha indicado V. sobre la exactitud de mis preceptos ó demostraciones acerca del modo de torear en plaza y en campo abierto, y eso que son muchos los que doy con apreciaciones que alguna vez difieren de las antiguamente publicadas y además añado suertes que nadie ha explicado antes.

Tampoco le ha ocurrido nada que decir acerca de las voces técnicas del toreo, ni á la nomenclatura de la junta, condiciones y demás circunstancias del ganado, y cuidado que en una y otra cosa habia ancho campo para

enmendar la plana si en algo hubiese habido equivocacion.

Yo que considero como la parte más esencial é importante de mi libro la que se refiere á la lidia, no puedo ménos, Sr. D. José Perez de Guzman, de sentir satisfecho mi amor propio al considerar que debe estar muy bien explicado y bien dicho todo lo que en mi libro he escrito, dando reglas para torear y conocer las reses bravas, cuando V., persona tan competente, no ha encontrado una palabra de contradiccion á las muchas páginas que de ello tratan, y cuando nadie, absolutamente nadie hasta ahora, ha hecho la más ligera observacion.

Debo congratularme de que le haya ocurrido á V. dejar *volar* su pluma ocupándose de mi libro, porque al lado de la satisfaccion antedicha, ¿qué significa comparado con ella la pueril advertencia de que haya olvidado el nombre de un lidiador, de un ganadero ó de un escritor poco menos que prehistórico? ¿No importa más al aficionado conocer las reses y la lidia que requieren que saber si además de un autor que afirma un hecho determinado hubo en lo antiguo otro que dijo lo mismo?

Considero ya á mi *Arte de torear*, por el solo hecho de no haberle hecho V. la contra, como el mejor y más completo de cuantos van publicados desde que hay lidias de toros, y á mi Diccionario en sus voces técnicas, ninguna contradicha por V., como una obra, sino perfecta, porque nada lo es en este mundo, al menos de relativo mérito y de indisputable utilidad.

El silencio de V. respecto de dichos particulares y otros muchos donde no ha podido meterse, es señal inequívoca de que no tienen punto vulnerable, porque usted le hubiera encontrado, si existiera, dado su empeño en buscar lunares. Pero ¿á qué cansarme? Si no llegan á

una docena de reparos los que con visos de algun fundamento ha encontrado V. en una obra que pasa de 1.100 páginas.

Observando esto sólo, Sr. Perez, se comprende que la principal idea que á V. ha guiado al escribir su anterior folletito ha sido la de siempre. Se publica la historia de Bedoya, *folleto al canto*; concluye Velazquez sus Anales, *articulitos* enseguida; doy cima con perseverancia á mi humilde libro, *folletito*, sin pérdida de tiempo. ¡Qué fácil es encontrar faltas en el trabajo ajeno! ¡Qué cómodo echárselas de maestro! Pero amigo mio, yo que soy más viejo que V., y como dije antes poco modesto, en cuanto se refiere al conocimiento de lo que fué y es nuestra fiesta nacional, no admito ni puedo admitir sus lecciones en el asunto; y no lo eche V. á mala parte, que preciándome de bien educado, en todo lo demás atenderé con esmero sus indicaciones y sus advertencias serán para mí mandatos.

Aunque no tenga aplicacion á V., me voy á permitir recordarle que hace algunos años, muchas casas de Madrid ostentaban en sus portales unos letreros que decian: *Nadie pase sin permiso del portero*. Pero há tiempo desaparecieron, y ya todo el mundo entra y sale sin permiso de nadie, limitándose á contestar si le preguntan donde vá. Yo dije en mi prospecto á donde iba; he cumplido lo que prometí; ¿para qué solicitar venia de ninguna persona? No conozco el servilismo ni la adulacion; soy muy independiente por inclinacion y carácter; siendo así, V. comprenderá que no debo, ni puedo, ni quiero pedir á nadie permiso para emitir libremente mis ideas, buenas ó malas. Si estoy equivocado, por no ser esto lo corriente en el dia, nada me importa; nací libre y soy mayor de edad.

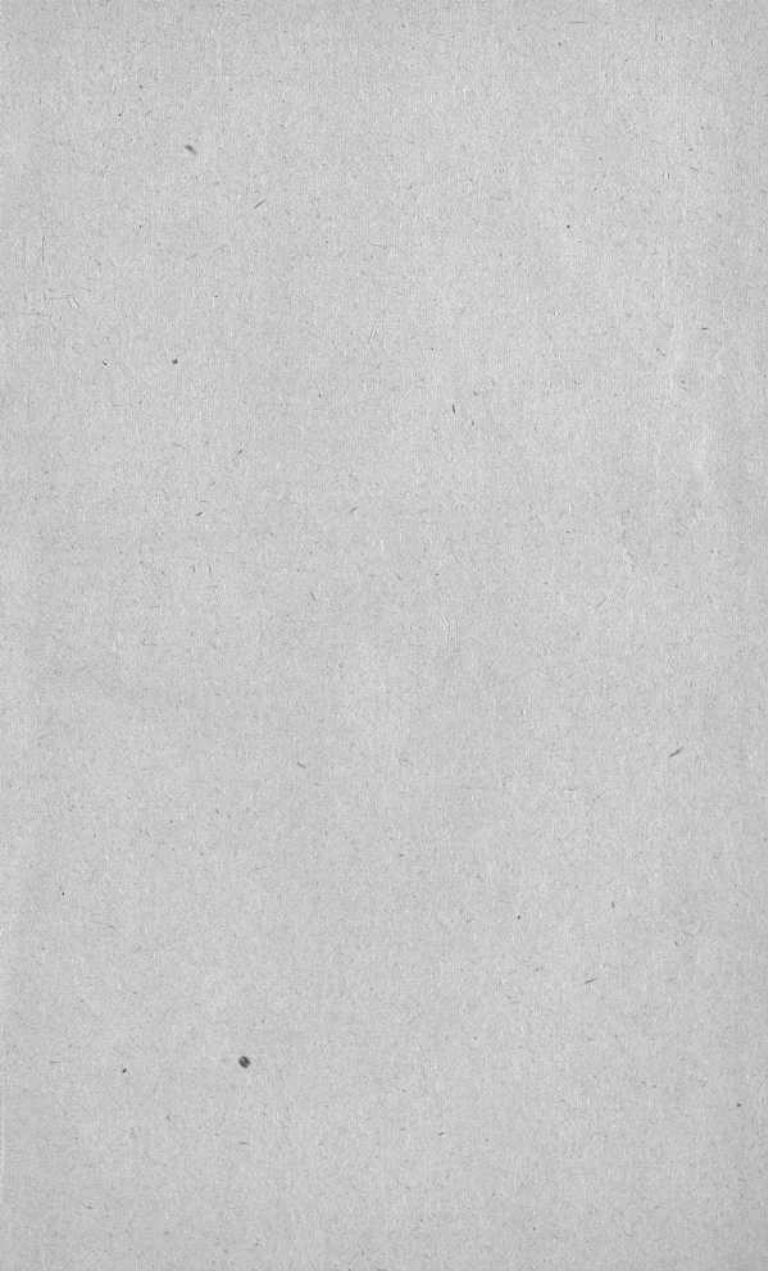
Dos palabras sobre las láminas y retratos. Todos son dibujados por los afamados Sres. Pérea y grabados por los notables Sres. Carretero y Vera, que tantas muestras tienen dadas de su talento en *La Ilustracion Española* y en otras publicaciones análogas. Sus nombres figuran hace mucho tiempo en la primera línea de los artistas que honran su patria, y el desprecio de V. á sus trabajos, seguramente les causará el mismo efecto que el de la pulga al camello de la fábula. En cuanto á los originales de retratos cuya autenticidad pone V. en duda, voy á complacer á V., aunque sin obligacion, satisfaciendo su deseo de saber de donde están copiados y temiendo que al saberlo se arrepienta V. de haber tenido tal curiosidad. La fotografía de Laurent los ha sacado de lienzos de verdadero mérito artístico que en su museo tiene el señor Carmona, y de alguno podrá dar á V. razon enseñándole los salones de su palacio el Sr. Duque de Veragua, ilustre personaje á quien dedica V. su anterior folletito.

Terrible *caida* ha sido esta, amigo Guzman, y con las ya sufridas, trabajo le ha de costar levantarse. Créame usted, aunque de tauromaquía entienda algo, *no se meta usted en dibujos*, porque al llamar litografía al grabado, descubre V. que conoce de esto todavía menos que yo, y sé poco.

Repitiendo que en mi libro no hay nada que no sea verdad fácil de comprobar, y protestando como V. de que mi objeto no es ni ha sido menospreciar su trabajo, que aprecio en lo que vale, aprovecho la ocasion que usted me ha proporcionado para darle seguridad de mis simpatías y ofrecerme de nuevo suyo afectísimo amigo seguro servidor q. b. s. m.

JOSÉ SANCHEZ DE NEIRA.









MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas

Número. 73 | Precio de la obra.....

Estante. 1 | Precio de adquisición:.

Tabla... 3 | Valoración actual.....

Número de tomos.

